

Poder popular y nación

MIGUEL MAZZEO

Poder popular y nación

Notas sobre el Bicentenario
de la Revolución de Mayo

 COLECCIÓN
CASCOTAZOS


EDITORIAL
EL COLECTIVO


Herramienta
ediciones

Poder popular y nación
Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo
Miguel Mazzeo

Colección Cascotazos
Editorial El Colectivo y Ediciones Herramienta, Buenos Aires, Argentina

Arte de tapa: Florencia Vespignani - Alejandra Andreoni
Diseño de interior: Gráfica del Parque
Corrección: Graciela Daleo

Editorial El Colectivo
editorialelcolectivo@gmail.com - www.editorialelcolectivo.org

Ediciones Herramienta
Av. Rivadavia 3772 - 1/B - (C1204AAP), Buenos Aires, Argentina
Tel. (+5411) 4982-4146. revista@herramienta.com.ar / www.herramienta.com.ar

ISBN: 978-987-1497-36-2
Printed in Argentina
Impreso en la Argentina, junio de 2011



© Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **creative commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Mazzeo, Miguel

Poder popular y nación : notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo

1a ed. - Buenos Aires : El Colectivo : Herramienta, 2011.

128 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1497-36-2

1. Historia Argentina. 2. Bicentenario. I. Título

CDD 982

Fecha de catalogación: 20/04/2011

Índice

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	15
Capítulo 1 Nación, clase y hegemonía. Los frentes del debate	19
Capítulo 2 Nación y autodeterminación	41
Capítulo 3 Realidades y símbolos del Bicentenario argentino	69
Capítulo 4 Sobre el neorrevisiónismo	87
Capítulo 5 Creencias leves, nueva militancia “evolucionaria”... u otro proyecto: una patria libre, soberana y autónoma	99
Epílogo	115
Bibliografía	121
Sobre el autor	127

Colección Cascotazos.

Presentación

En Nuestra América, a lo largo de las últimas décadas, un conjunto extenso y variado de organizaciones populares y movimientos sociales surgieron y se consolidaron en oposición al neoliberalismo. Además de tener un enorme poder de impugnación al sistema dominante, supieron delinear los trazos gruesos de una crítica a los paradigmas emancipatorios clásicos del siglo XX. De este modo, fueron consolidando un consenso sobre el tipo de socialismo al que ya no se aspiraba. Sin embargo, han sido muy pocos (y confusos, y ambiguos) los pasos dados en pos de trazar un camino común, en dirección al socialismo que se quiere construir, y de planear la estrategia para realizarlo.

Estas carencias políticas hacen que las experiencias nacidas al calor de las luchas en estos años corran severos riesgos de ser fagocitadas por las nuevas gobernabilidades reformistas, de sufrir la dispersión de sus militantes y de retroceder políticamente, retornando al entumecimiento de viejas certezas, al dogmatismo o al populismo.

En definitiva, estas limitaciones ponen en juego el capital antisistémico acumulado, con esfuerzo y creatividad, por las organizaciones populares y los movimientos sociales durante largos años, y afectan la confianza en sus aptitudes.

La *Colección Cascotazos* nace con la intención de reafirmar nuestra confianza en las potencialidades surgidas del proyecto emancipatorio de los de abajo. Nuestros libros buscan contrarrestar el desarme político, y se proponen como insumos para delinear, en nuestros debates, una definición positiva de aquel socialismo que buscamos, y para sugerir algunas estrategias con vistas a su concreción.

Las obras de la colección abordan un conjunto de temas sobre los que hoy resulta imperioso hacer oír otras voces, que rompan con los discursos que instigan a la aceptación de lo existente y que amplíen el horizonte por venir. Queremos hablar donde suele callarse, y emitir un grito donde abunda el silencio. No buscamos erigir verdades cerradas, sino que nos animamos a tirar la primera piedra.

**Editorial El Colectivo
Ediciones Herramienta**

Prólogo

Invocar la nación y la cuestión nacional en espacios de la militancia popular promueve reacciones dispares, pero nunca indiferencia. Para algunos, esta invocación remite a cuestiones ajenas a la agenda de la izquierda y certifica una vocación por la conciliación de clases y la adhesión al populismo. En otros, genera un raro fervor que oscurece elementos básicos del análisis político, como la vigencia de la lucha de clases.

La nación ha sido, durante décadas, un gran malentendido de nuestra militancia popular y el trabajo de Miguel Mazzeo aporta a desnudarlo, no por vocación docente, sino por cuestiones de oportunidad política. Ese malentendido se ha convertido en uno de los grandes nudos (me atrevería a decir: el principal) que entorpecen y limitan las posibilidades de incidencia política y las perspectivas de intervención revolucionaria.

Mazzeo desbroza este debate buscando el origen de esta incomprensión en las fuentes originales de nuestra izquierda, cometiendo la herejía de atribuir la confusión, entre otras cosas, a una percepción insuficiente del problema por parte de los clásicos, y no tanto a una lectura insuficiente de los clásicos.

Con la misma decisión arremete contra el relato del revisionismo histórico, desnudando su inconsistencia. Y encuentra en aquellos equívocos originales la matriz de justificaciones presentes que permiten adherir “por izquierda” al proyecto kirchnerista.

Al tratar de presentar el problema de la cuestión nacional y el de la lucha de clases se aparta de quienes “escinden la clase y la lucha de clases de la nación” y de que quienes “escinden la nación de la clase y de la lucha de clases”. Dice que la clase es “un enjambre de luchas, oposiciones, rebeldías, sueños, experimentos, y también un pasado que se va actualizando permanentemente”, coincidiendo con Ana C. Dinerstein en que “la lucha de clases es una lucha sobre las formas políticas, sociales, económicas, culturales, identitarias y organizacionales en y contra el capital como relación social fundamental”; para concluir que “ni la clase ni la nación tienen entidad por fuera de la relación y por fuera del proceso histórico que las determina. La clase es en la nación y la nación emerge de la lucha de clases”. Si esto es correcto, reducir la nación a su versión capitalista, sería certificar el fin de la historia.

Seguir creyendo en la continuidad de la historia y de la lucha de clases reafirma la posibilidad de una nación diseñada por el pueblo trabajador y la ubica en un lugar de disputa y apropiación.

La mirada de Mazzeo no queda limitada a cuestiones arqueológicas o semánticas. Se anima a proponer conclusiones y vinculaciones. Afirmando que “el poder burgués no se asienta solamente en el campo de la infraestructura” y que “el poder popular tampoco”, Mazzeo advierte:

La disputa hegemónica contiene necesariamente una disputa por el significado de la nación y la patria. Si se abandona irresponsablemente este plano, si la fuerza política, organizativa, institucional alternativa no se

combina con el desarrollo de un poder cultural y simbólico capaz de obtener un liderazgo nacional (la nación como proyecto político remite también a un hecho cultural), directamente se anula todo horizonte hegemónico, toda capacidad contrahegemónica.

No debería sorprendernos entonces la escasa vocación de poder de la vieja izquierda (y una buena parte de la nueva). Ni tampoco que esas limitaciones hayan dejado vacíos que facilitaron el resurgimiento de viejos relatos que parecían condenados al cementerio de la historia.

El autor puede advertir, también, que la vocación de defender el proyecto socialista a partir de experiencias locales o sectoriales que prefiguran la nueva sociedad, como las que en los hechos propusieron el neozapatismo mexicano o el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil en los noventa, parece insuficiente ante las posibilidades abiertas por el nuevo mundo multipolar del siglo XXI, y que se torna imprescindible buscar las formas de proyectar esas experiencias a dimensiones nacionales, como tránsito indispensable hacia propuestas más abarcadoras. También percibe los riesgos de confundir necesidad con virtud, enamorándonos de la micropolítica, de las redes y de la supuesta pureza campesina, originaria o piquetera.

No menciona este ejemplo el autor, pero creo que —seguramente— lo comparte: las misiones jesuíticas insertadas con cierta autonomía en las administraciones coloniales, aun al precio de renegar de sus antiguos dioses, permitieron el desarrollo de sociedades menos opresoras para los pueblos originarios, salvando muchas vidas, rescatando artesanías y tradiciones culturales, formando algunos dirigentes rebeldes. Pero la historia de la liberación de Nuestra América, como proyecto inconcluso, no es la historia de la proyección política de las misiones jesuíticas.

La radicalidad de la generación militante de fines de los noventa, todo el caudal acumulado en experiencia y organización, el poder popular construido desde las bases, prefigurando un socialismo libertario, están frente a la alternativa de trascender, asumiendo una nueva radicalidad que convoca a disputar la nación, o de sacralizarse, convirtiéndose en adorno de políticas ajenas, aportando referencias funcionales a demostrar que el capitalismo también puede contener islas solidarias.

La decisión de afrontar con rigor intelectual los nudos del debate de la militancia popular ha sido una constante en la trayectoria de Mazzeo. Su producción teórica lo ha convertido en una referencia intelectual en muchos países de Nuestra América y, me animaría a decir, es más difundido y leído en Brasil, Venezuela y Perú, que en la Argentina. Lo que no resulta extraño en un país donde los celos intelectuales y políticos suelen ser más potentes que las vocaciones de poder con una orientación revolucionaria.

Al prologar su primer libro, donde nos sugería “volver a Mariategui”, arriesgué que Miguel era un perro verde. Un ejemplar raro de intelectual, que seguramente habría de dejar una huella trascendente. Dieciséis años después compruebo con satisfacción que, si bien suelo errar en mis pronósticos, esta vez no me equivoqué.

Guillermo Cieza
Febrero de 2011

Introducción

Uno de los mayores impedimentos para el desarrollo socialista ha sido, y lo continúa siendo, la persistente desatención de la cuestión nacional...

István Mészáros

Este trabajo tuvo alguna vez pretensiones de ensayo extenso y polícromo.¹ Pero los vastos alcances de la temática, y las urgencias del debate político en la maraña del campo popular argentino, nos han hecho ceder a las insinuaciones de los compañeros y las compañeras y posponer para otro momento las profundizaciones y pulimentos. Por lo tanto, puede que estos textos retacos y macizos que presentamos al/la lector/a no merezcan otra categoría que la de notas o apuntes; en

¹ El punto de partida de este trabajo fue un artículo breve titulado: “Pensar la nación. A propósito del Bicentenario de la Revolución de Mayo”, publicado en *Herramienta* 44 (junio de 2010), y en AA.VV, *Dossier Bicentenario*. La Juntada de la Izquierda Independiente. Facultad de Filosofía y Letras: UBA, 2010.

fin: insumos para un ensayo. En ese caso, aspiramos a que estos textos —aunque más no sea “a la pasada” y “entre bache y bache”— deslicen unas pocas intuiciones político-historiográficas útiles para rediscutir la cuestión nacional y las posibilidades de una historia razonada, militante, consecuentemente crítica, pensada desde la insubordinación; que aporten algunos indicios respecto de las continuidades (interrogativas, no deificadas ni pacíficas), y también en torno a las diferencias rotundas, es decir: las palabras malditas que deben ser pronunciadas, las rupturas que deben ser instituidas de cara a la construcción de un proyecto de transformación radical de nuestra sociedad.

Deseamos fervorosamente que estas sean unas notas inmanentemente constitutivas, que contribuyan a delinear estrategias de resemantización de la nación y de articulación de las construcciones y las luchas territoriales con las luchas nacionales. Queremos que estos apuntes ayuden a repensar lo nacional-popular desde las coordenadas afines a un proyecto genuinamente emancipador, es decir: desde una perspectiva que articule dialécticamente lo hegemónico con lo clasista, lo nacional con lo anticapitalista. Asimismo, tratamos de adentrarnos en el problema de las vinculaciones (o de las “afinidades electivas”) entre la memoria, el presente de lo presente y la expectación o el proyecto.

La cuestión nacional está inserta en la matriz misma de la praxis revolucionaria. Por lo tanto está en estrecha correspondencia con asuntos vinculados al poder, las identidades, los aspectos que cohesionan a las clases subalternas, oprimidas y explotadas, con su autonomía organizacional e institucional, con las líneas políticas estratégicas, con la articulación de las esferas de lo social y lo político, con los enlaces entre el ser particular y las ideas y objetivos generales, etcétera. Es necesario,

entonces, trabajar permanentemente en pos de su dilucidación, dado que las caracterizaciones erradas conducen a la mala praxis, imponen itinerarios que nuestro pueblo jamás reconocerá como propios y posicionan en el árido terreno de la antihistoria.

Creemos que el muestrario de problemas vinculados a la nación y a lo nacional incrementó su visibilidad en los festejos oficiales del Bicentenario argentino, que —sostenemos— funcionaron como momento condensador² y como instancia de revitalización del tema nacional. Una instancia que además profundizó la exigencia de posicionamientos explícitos frente al proceso iniciado en 2003. Se trató de un momento adecuado para el establecimiento de continuidades y para la resignificación de las tradiciones, como también para que asomara un conjunto de representaciones del futuro (que incluyen a los proyectos de nación). Por eso tomamos los festejos oficiales del Bicentenario argentino como punto de referencia para nuestra reflexión, porque de alguna manera nos impusieron esta intervención, aunque —aclaramos— no es nuestro objetivo realizar un análisis minucioso de los mismos. Sencillamente asoman en nuestro relato como mar de fondo.

Nos parece importante destacar que estos textos se nutren no solo de lecturas especializadas y teorías elaboradas, sino también de una praxis militante. Por cierto, esta última opera como el estricto tamiz de las primeras. Fuera cual fuere el asunto tratado, directa o indirectamente siempre hablamos de una experiencia (una vivencia) más o menos inmediata de ese asunto. Asimismo, estos textos pretenden intervenir en un debate dentro del

² Lo mismo se puede plantear, aunque en otra escala, en relación con el sepelio del ex presidente Néstor Kirchner, el 27 y el 28 de octubre de 2010.

colectivo político-social-cultural que constituye nuestra circunstancia, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS), con el fin de promover la elaboración colectiva y sedimentada de algunas definiciones políticas estratégicas y de colaborar con la determinación de sus tareas. Por lo tanto, este trabajo no refleja posicionamientos orgánicos, por lo menos no en el sentido de una “línea oficial” y mucho menos en el de una “línea correcta”. Simplemente da cuenta de un punto de vista más en el marco de esta organización. Tal vez este *locus* les aporte a nuestras enunciaciones algún grado de legitimidad, por lo menos para todos aquellos y aquellas que persisten en una producción teórica vinculada a las luchas sociales y políticas.

Finalmente, debo agradecer la colaboración de Aldo Casas, Guillermo Cieza, Graciela Daleo, Sergio List, Sergio Nicanoff, Fernando Stratta y Mabel Thwaites Rey. Sus enfoques intuitivos, analíticos y/o normativos fueron una referencia insoslayable para mí. También quiero manifestar mi reconocimiento a los compañeros y compañeras de un conjunto extenso y variado de espacios sociales y políticos populares de la Argentina y de Nuestra América, cuyos puntos de vista he tenido la posibilidad de conocer, y que han influido de manera determinante en este trabajo y de mil modos lo han alentado. Como corresponde, la responsabilidad por el producto final es exclusivamente mía.

Nación, clase y hegemonía. Los frentes del debate

Esa lucha por la desarticulación del antiguo sistema hegemónico y la rearticulación de sus componentes contradictorios en torno a un nuevo sistema hegemónico puede ser caracterizada como una lucha entre la nación burguesa autoritaria y la nación popular democrática. En ese sentido la izquierda socialista y democrática es portadora potencial de un modelo alternativo de nación.

Leopoldo Mármora

I

Este trabajo fue producido en el fragor de polémicas y debates sostenidos en varios frentes, principalmente con los lugares comunes —los trillados recetarios— replicados incansablemente por la vieja izquierda, con los posicionamientos ingenuos y ambiguos de cierta izquierda dizque heterodoxa y con las reediciones del discurso nacional-populista tradicional, auspiciadas directa o indirectamente por el proceso histórico argentino, sobre todo a partir del año 2003.

En los dos primeros casos, nos referimos a los debates y polémicas con las formulaciones dogmáticas y unidimensionales, ya sean clásicas, modernas o posmodernas, subdeterminadoras de la existencia social, negadoras de las dimensiones y los componentes nacional-populares de los proyectos de auto-emancipación y de las luchas que las clases subalternas y oprimidas y explotadas libran con el fin de dejar de ser clases “subalternizadas”, y para acabar con las variadas formas de opresión y explotación, para devenir clases hegemónicas y dirigentes.

Es decir, nos remitimos a debates y polémicas con aquellas prescripciones que no reconocen la centralidad de la nación (como idea y como realidad) para los sistemas de hegemonía y para las prácticas contrahegemónicas.

En algunos casos, porque no se asume el principio hegemónico como forma posible de la lucha de clases y se pretende fundar la acción revolucionaria en el despliegue de las contradicciones sistémicas que, en términos de dos versiones extremas y paradigmáticas, pueden estar circunscriptas a aspectos materiales y a las modalidades de la apropiación de plusvalía en el proceso de producción, o a la “fuga biopolítica” o la “conexión rizomática” (cf. Deleuze, 2002). En las dos versiones, se descuida el plano de la dominación y la subordinación de clase, ya sea por poner el énfasis en la explotación económica, o por ponerlo en la diferencia. En las dos versiones predomina un sentido ahistórico y abstracto, ajeno a toda coyuntura concreta, a toda mediación subjetiva y a todas las formas institucionales a través de las cuales se expresa el trabajo.

En otros casos, porque, aun asumiendo el principio hegemónico, se lo desvincula de lo nacional. Como si la hegemonía (y la contrahegemonía) aconteciera en un vacío histórico.

Sin lugar a dudas, esta operación se corresponde con las típicas limitaciones de los partidos y grupos de la vieja izquierda, basados en principios abstractos y en estructuras burocráticas y sectarias, proclives a la rigidez doctrinaria, a las perspectivas ideológicas exclusivistas y a las palabras que nacen viejas; incapaces, por lo tanto, de establecer una conexión con las praxis y la cultura nacional, popular y democrática, incapaces de enriquecer y dotar esas praxis y esa cultura con perspectivas radicales.

Pero también podemos percibir maniobras del mismo signo en muchas organizaciones y en movimientos anti-sistémicos que fueron y son baluartes en la resistencia al neoliberalismo y en la crítica a las experiencias malogradas de los denominados socialismos reales y a todos los formatos dogmáticos y doctrinarios del socialismo; pero que, a pesar de su arraigo y de sus aptitudes para manifestarse como poderes populares constituyentes y autodeterminantes, a pesar de su pluralismo ideológico, aún siguen siendo débiles en materia de economía política y filosofía política (alternativas); es decir: siguen flacos de proyecto y de liderazgo políticos, lo que retrasa la construcción de un bloque social revolucionario, al tiempo que pone en juego su propia existencia.

Ahora bien, algunos sectores de la izquierda dizque heterodoxa no reconocen estas debilidades, e incluso las decodifican como virtudes y antídotos contra el vanguardismo, la autocracia, etcétera. Es más: inspirados en una nueva razón relativista, han elaborado teorías de un sofisticado barniz, a partir de esas limitaciones. Teorías de la resistencia un tanto paradójicas, que parten del dinamismo del caos y de los “flujos de descodificación” que escapan a las “maquinarias binarias estatales” (cf. Deleuze/Guattari, 1997), pero que terminan justificando la pasividad. Teorías que irremediabilmente conducen,

tanto en el plano especulativo como en el político, al liberalismo más o menos progresista y que, claro está, conviven a la perfección con el mercado y la democracia capitalista. Un ejemplo: el *kirchnerismo deleuziano* de Toni Negri.

Otro ejemplo, en este caso verdaderamente lamentable, es el de las organizaciones populares de la Argentina que hace algunos años fueron catalogadas como paradigmas del antivanguardismo, de la construcción de sociabilidad alternativa al capitalismo, de la invención creativa y de la revolución “aquí y ahora”, y que terminaron integradas al proyecto populista; un verdadero cementerio para todo aquello que pedantemente se concibió como el aporte vernáculo a una supuesta revolución teórica de la tradición marxista. De este modo, estos sectores ponen el acento en las diferencias y no en las contradicciones más rotundas; no reconocen la productividad política (antisistémica) de las combinaciones entre unidad y diferencia, entre conciencia de clase y deseo. ¿Cómo ejercer una crítica al capital si no se reconoce a la lucha de clases como el punto de partida teórico? He aquí nuestro segundo frente de debate.

Percibimos entonces que, en dilatadas franjas del activismo de izquierda de la Argentina, usualmente consideradas como “heterodoxas”, “autonomistas”, “basistas”, etcétera, no se asume la necesidad de desarrollar la conciencia nacional de las clases subalternas y oprimidas. Por lo tanto, desde concepciones profundamente antidualísticas, desde versiones dispares del economicismo, del corporativismo, del internacionalismo o el “federalismo” abstractos, y especialmente desde la “microfilia”, se vienen alimentando la alienación y el desarraigo respecto de las tradiciones, la cultura, los sentimientos, los intereses y la vida práctica de las clases subalternas y oprimidas.

De modo directo e indirecto retomamos viejos debates con aquellas posiciones que partían de las incompatibilidades entre socialismo y nación y entre lo nacional y lo internacional.

En el tercer caso, nos referimos a los debates y polémicas con una concepción neopopulista¹ y folclorizadora de lo nacional-popular; una concepción agotada políticamente y filosóficamente empobrecida que se ha vuelto incompatible con la producción de sujetos nacional-populares autónomos y críticos; una concepción absolutamente asimilable al horizonte histórico de las clases dominantes y su proyecto de poder.

Proponemos en esta instancia un debate con aquellos sectores que sustentan concepciones anacrónicas y/o acotadas del antiimperialismo, al que además conciben como horizonte y principio articulador. El antiimperia-

¹ Utilizamos aquí los términos-conceptos populismo, populista o neopopulista en un sentido crítico, negativo y acotado, identificándolo principalmente con lo reformista como proyecto y horizonte, lo oportunista, lo inconsecuentemente popular y lo proburgués. Lo populista invoca en vano el nombre del pueblo, no favorece su “empoderamiento”. Diferenciamos entonces lo plebeyo-popular de lo populista. Consideramos que lo plebeyo-popular es un campo contradictorio, no así lo populista, que es una resolución no popular de esa contradicción. No tomamos en cuenta las resignificaciones positivas del populismo porque prácticamente lo confunden con lo popular. No nos centramos en el nivel discursivo, ni en el de las técnicas políticas (movilización de masas, liderazgo carismático, etcétera) dado que tienden a homogeneizar bajo una misma categoría realidades muy diferentes. Tampoco partimos de la diferenciación entre populismo de primera generación, relacionado con los procesos de industrialización sustitutiva, las migraciones campo-ciudad y las alianzas desarrollistas del período 1930-1960; y un populismo de segunda generación, neoliberal (o neopopulismo). Usamos el concepto de neopopulismo para referirnos a las nuevas gobernabilidades posneoliberales que proponen un retorno ilusorio a las prácticas populistas del período 1930-1960.

lismo así entendido, sin un cuestionamiento profundo del punto de vista del capital, sin una condena a lo medular de la relación de dominación-subordinación estructural, está condenado a servir como revestimiento de un proyecto neodesarrollista o un “programa productivo” (e incluso de cosas peores), y a hacer persistir la fórmula de la liberación nacional y de la democratización como consignas huecas, retóricas y por lo tanto inertes. Tan, pero tan huecas, retóricas e inertes que hasta los políticos más arribistas, indigentes en materia de ideas y reaccionarios pueden identificarse con ellas e intentar, con resultados dispares, una retórica aproximada a lo nacional-popular. Frente a esta postura proponemos la lucha por la hegemonía nacional-popular como horizonte contenedor y articulador de los componentes anticapitalistas y antiimperialistas (un horizonte que además los hace operativos).

Ahora bien, en todos los casos se produce una escisión que nos parece desacertada y que está en el núcleo del problema que tratamos. Los primeros, en particular la vieja izquierda, escinden la clase y la lucha de clases de la nación; los segundos, los neopopulistas, escinden la nación de la clase y la lucha de clases. En general, todos parten de un concepto reduccionista de la clase y de la nación.

Para la vieja izquierda, la clase y la lucha de clases niega/excluye a la nación, a la lucha de masas y a los sujetos subalternos y oprimidos más extensos, complejos y diversos que la “clase obrera” o el “proletariado”. La vieja izquierda olvida, a menudo, que la clase es actividad y empresa histórica, un enjambre de luchas, oposiciones, rebeldías, deseos, sueños, experimentos; y un pasado que incluye derrotas, frustraciones, tragedias y alguna que otra vivencia de la felicidad; un pasado que se va actualizando permanentemente. En fin: una rea-

lidad viva y cambiante. Realidad que la izquierda dizque heterodoxa también suele desconsiderar. En términos de Ana C. Dinerstein: “La lucha de clases es una lucha sobre las formas políticas, sociales, económicas, culturales, identitarias y organizacionales en y contra el capital como relación social fundamental” (Dinerstein, 2005: 160); por lo tanto —agregamos—, no se la puede desvincular de la nación.

Sin superar los enfoques dualistas que distinguen al marxismo gélido, aquellos que escinden la clase y la lucha de clases de la nación tienden a plantear una “separación entre lucha y contradicción, entre lucha y estructura, entre lucha de clases y leyes objetivas de desarrollo, entre política y economía” (Holloway, 2005: 13).

Para los populistas de antes y de ahora, la nación niega-excluye (o “subsume”) a la clase y la lucha de clases. Ejercen este olvido o esta relativización de la clase y sus luchas porque conciben la contradicción entre lo nacional y lo antinacional básicamente como una contradicción del orden de lo cultural o lo moral. Prima, entonces, en ellos una idea cultural, atávica, telúrica, costumbrista y metahistórica de la nación. Paralelamente, tienden a realzar los aspectos “místicos” de la autoctonía, cayendo así en un reduccionismo del sentimiento favorable a lo nativo, poniendo el eje en el “amor a la tierra y al pueblo” y en el rechazo a lo “foráneo”. Recurren al giro vernáculo en contextos insoportablemente localistas y construyen relatos superficiales que combinan la mera descripción con cierto paisajismo poético.

Además de esta idea cultural, telúrica, floclórica y metahistórica de la nación, plantean una definición de lo nacional desde lo estatal; es más: en los últimos años han asumido desembozadamente que lo nacional debe estar al servicio de lo estatal y no a la inversa, radicalizando una matriz dirigista y estadolátrica. Aquí también

cabe identificar un rasgo populista (en absoluto popular). En términos de Michael Lebowitz: “Un Estado que provee los recursos y las soluciones a todos los problemas de la gente no fomenta el desarrollo de las capacidades humanas; al contrario, estimula a la gente a adoptar una actitud pasiva, a esperar que el Estado y los líderes den respuesta a todos sus problemas” (Lebowitz, 2010: 38). La estadolatría, que implica concebir al Estado con un absoluto desvinculado de las clases sociales, conlleva el emplazamiento elitista y vanguardista, contiene la certeza de que las clases subalternas y oprimidas son “clases complementarias” y sustenta el ideal de sobrecargar de responsabilidad histórica a una burocracia con berretines semibonapartistas.

Este emplazamiento neopopulista también se caracteriza por la falta de una visión totalizadora, por la no captación de la densidad de la dependencia (desdibujamiento de sus determinaciones más profundas, enfoque centrado solo en algunas regiones de la formación social argentina,² etcétera) y por la externalización del análisis. Asimismo se distingue por no tener en cuenta el modo de relacionarse que tienen las formaciones económico-sociales que provienen de las fases no mundiales de la historia. De hecho, amplios sectores del activismo y la intelectualidad siguen presentando al imperialismo como una fuerza externa no imbricada en las estructuras nacionales o, a lo sumo, articulada con la “oligarquía”, sin dar cuenta de un fenómeno de larga data: la nacionalización del imperialismo y sus nuevos y cada vez más comple-

² Ya en los años 60 y 70, unos cuantos exponentes del nacionalismo popular (incluso del nacionalismo revolucionario) se distinguían por lanzar rayos fulminantes contra la oligarquía terrateniente y el imperialismo extranjero al tiempo que mezquinaban las referencias al capital monopólico transnacional y sus articulaciones con la burguesía local y la burocracia sindical.

jos formatos. Siguen planteando que el imperialismo y la oligarquía traban los procesos de industrialización en la periferia, evitan el despliegue de la “voluntad de potencia” de la nación y que la emancipación requiere de prerequisites materiales y técnicos. De esta manera, continúan alimentando la imagen grosera de unos intereses extranjeros ligados en forma exclusiva al sector agrario-exportador (y, para peor, asignándole las características que dicho sector tenía hace cuarenta años o más)³ o “financiero”, y libran combates casi retrospectivos con fantasmas y espantajos, desatendiendo a la primera línea del capital que se cuele por todos los flancos. El imperialismo, así concebido, se convierte en una entelequia, en un concepto de alcances limitados y de una deliberada vaguedad.

En el marco de este emplazamiento también cabe considerar a las proposiciones que anteponen lo nacional a lo clasista, porque consideran que en los países periféricos “disminuyen” los antagonismos de clase. Es cierto que los antagonismos de clase adquieren características específicas, históricas y nacionales, pero es incorrecto plantear que desaparezcan o se atemperen. Una versión más moderna de esta tesis sobre la disminución de los antagonismos de clases en los países atrasados recurre al

³ El término oligarquía, con la excepción de la derecha liberal-conservadora, sigue teniendo una presencia tenaz en el lenguaje de una buena parte del espectro político argentino. No creemos que sea de por sí un término obsoleto (por cierto, puede ser objeto de resignificaciones) pero no podemos decir que sus usos más corrientes no lo sean. Por lo general, los sectores, organizaciones y personas que recurren a este término se refieren a grupos sociales extrapolados de otras etapas históricas y a imágenes y modalidades absolutamente ajenas a la realidad. Suelen contraponer sectores oligárquicos: “terratenientes agroganaderos”, “financieros”, “extranjeros”, a otros sectores a los que consideran no oligárquicos: “industriales”, “nacionales” o simplemente “productivos”.

concepto de “sociedad abigarrada”, del intelectual boliviano René Zabaleta Mercado (1937-1984); concepto que, desde nuestro punto de vista, es manipulado arbitrariamente en esta versión, al punto de deducir de él tareas no socialistas.

Finalmente cabe señalar la adhesión del neopopulismo a las concepciones etapistas del proceso histórico y a la industrialización entendida como sinónimo de liberación nacional; es decir: a la ideología de la modernización⁴ y la consolidación estatal. Se retoman algunas definiciones del nacionalismo popular de los años 60 y 70, incluyendo sus versiones más revolucionarias. En particular, aquella que lo presentaba como un camino alternativo para la modernización periférica; un camino original que no seguía los esquemas clásicos europeos y que podemos ver como una especie de radicalización del desarrollo en crisis, incluso como una imposible radicalización del nacionalismo desarrollista o del desarrollismo nacionalista (sustantivo y adjetivo son perfectamente intercambiables y no hay una modificación sustancial del sentido). Asimismo, en esta definición, podemos identificar otra versión de la ideología de la modernización que, en lugar de abjurar de la tradición, buscaba asimilarla al desarrollo.

El problema de esta definición, replicada de modo acrítico y como una letanía por el neopopulismo, es que, al no plantearse la posibilidad de ir más allá de la moder-

⁴ La categoría de modernización exige adjetivaciones, siempre que se la invoca es necesario aclarar sus alcances y dimensiones. Nos oponemos a toda forma de modernización como modelo formal y eurocéntrico. Cuestionamos toda forma de modernización excluyente que, en Nuestra América, no es otra cosa que el camino para “modernizar la dominación” y profundizar las desigualdades sociales y las injusticias, en fin: un tren desbocado que conduce a la destrucción. Somos solidarios con una idea de modernización centrada en los componentes más dignificantes para los seres humanos y que, por lo tanto, exige la superación del capitalismo.

nidad (por supuesto, sin dejar de preservar, profundizar y generalizar algunos de sus logros), tiende a reproducir los fundamentos de los esquemas clásicos; por ejemplo: sostiene el momento irracional y estrictamente capitalista de la modernidad, lo que constituye una limitación a la hora de alimentar una praxis descolonizadora y una alternativa sistémica. De este modo el neopopulismo insiste en que las luchas por la “autodeterminación nacional” tornan necesaria una subordinación política (que suelen presentar como “alianza”) a la burguesía nacional, diluyendo el contenido de clase de la dominación imperialista.

Desde otro aspecto, la concepción etapista se relaciona con una estrategia de “acumulación vegetativa”; es decir, una estrategia que supuestamente permitiría en los países periféricos el cumplimiento gradual (“medido y armonioso”) de las tareas democráticas y que toleraría momentos de revolución nacional-burguesa conducida por la propia burguesía o, más específicamente en Nuestra América, por sus reemplazos “naturales”: las Fuerzas Armadas (en el caso de la Argentina, esta opción ha perdido el prestigio que alguna vez supo tener), la pequeña burguesía progresista, un caudillo carismático con apoyo de masas y el asesoramiento de una élite político-intelectual preclara, un “gobierno de funcionarios”, y cosas por el estilo. Por cierto, las experiencias que siguieron el camino de una “acumulación vegetativa” como estrategia para garantizar la transición a un régimen poscapitalista, fracasaron. No construyeron soberanía, o lograron avanzar hasta cierto punto para después retroceder a pasos agigantados. El nacionalismo revolucionario en los 60 y los 70 confió en esa alternativa; concibió una transición que, no exenta de tensiones y contramarchas, creía ajustada a las propias condiciones históricas y, por lo tanto, eficaz.

En líneas generales, en esta tradición no existió una preocupación por la dualidad de poderes. Se asumía que los hechos revolucionarios ocurrirían en forma sucesiva. Aparecía como relativamente lógica la transformación de la movilización democrática (nacional, popular, peronista en la Argentina) en revolución socialista. La confianza en esa estrategia se expresó en la creencia en que el peronismo casi en forma espontánea y natural conducía a instancias más elevadas, incluso socialistas. Así, para el nacionalismo revolucionario, el socialismo podía (y debía) brotar de un proceso de masas que daba cuenta de un conjunto de reivindicaciones más gruesas y generales (el peronismo). No se atendía a lo que René Zabaleta Mercado denominaba el momento de la apetencia consciente y más selectiva del sector más avanzado de las masas (cf. Zabaleta Mercado: 1974: 28). Para cerrar esta digresión, cabe señalar que la idea de evolución no era ajena al nacionalismo revolucionario ni al populismo (como tampoco lo era para algunos sectores de la vieja izquierda). Lo que le permitió a una parte de la generación revolucionaria de los años 60 y 70 decodificar la palabra de Perón no tan arbitrariamente como generalmente se supone.

En síntesis: en este caso, lo nacional-popular en clave neopopulista, además de opacar algunas de las injusticias más significativas, sirve para tergiversar el *locus* de lo hegemónico-clasista, facilita el alambicado de la praxis crítico-práctica de las clases subalternas y oprimidas por parte de la burguesía, y es un factor que conspira contra toda idea de una hegemonía basada en las clases subalternas. Toda reedición del etapismo o del evolucionismo, toda invocación de la idea de la “acumulación vegetativa”, se niegan a pensar en las clases subalternas y oprimidas como Estado en potencia y antagonico.

Para que las clases subalternas y oprimidas obtengan un saldo favorable de los procesos revolucionarios, se torna

necesario el desarrollo de lógicas paralelas más que sucesivas. Un desarrollo que exige la intolerable promiscuidad de lo viejo con lo nuevo —nunca la convivencia armoniosa y pacífica— en el marco de un Estado revolucionario de poder popular, que asuma una orientación general anticapitalista y que tenga a la democracia radical como basamento. Una situación que, por otra parte, tornaría fútil la discusión respecto de las “tareas” (burguesas o socialistas) y simplificaría la cuestión de las alianzas políticas.

Sostenemos que ni la clase ni la nación tienen entidad fuera de la relación que las constituye y fuera del proceso histórico que las determina. La clase es *en* la nación y la nación emerge de la lucha de clases (cf. Mármora, 1986: 93).

En los casos señalados podemos identificar una tendencia a imponer razones doctrinarias o planteos idealistas por encima de la realidad de las clases subalternas y oprimidas. Creemos que entre clase y nación no hay, no puede haber, una relación de externalidad. Y tampoco concebimos esa relación como unilateral.

II

En forma paralela a estos asuntos, queremos promover un análisis que dé cuenta de las diferencias tajantes entre dos opciones:

a) Una política intuitiva, pragmática, relativamente lúcida y con una enorme capacidad de adaptación frente a los procesos históricos mundiales, regionales y nacionales recientes. Una política idónea para abandonar en la coyuntura exacta el credo del libre mercado y de la integración al mercado mundial, desplazando la acumulación financiera como eje del modelo económico, dejando atrás el programa conservador de reestructuración capitalista —y las consiguientes siete boletas compartidas con

Carlos Menem—, para pasar a realizar algunos “pactos inclusivos”, impulsar mecanismos de consenso no coercitivos y para recomponer —reivindicando la política después de mucho tiempo⁵— el vínculo entre el Estado y las organizaciones de la sociedad civil popular. Un vínculo que, como veremos, está básicamente orientado a reforzar la heteronomía de esa sociedad civil popular y no precisamente su “empoderamiento”. Dicho de otro modo: una política eficaz para la recomposición del bloque de poder y la conformación de una alianza de sectores académicos, sindicales, políticos y económicos; una política apta para impulsar una estrategia de recuperación en la posconvertibilidad y para garantizar la reestructuración del capital (y sus condiciones de acumulación); una política que expresa los afanes de la clase dominante de transitar el camino que va de la mera gobernabilidad al proyecto hegemónico, y que requiere la ampliación de la base social y política, para lo cual recurre a referencias ideológicas estructurantes “muy caras a la tradición del movimiento popular en la Argentina (‘industria’, ‘producción y trabajo’, ‘burguesía nacional’, ‘nación’, etcétera)” (Aspiazu/Schorr, 2010: 228) y también “justicia social”, “ciudadanía social” o “pueblo”, entre otras.

b) Un proyecto nacional-popular-democrático (y socialista), que cree una voluntad colectiva y que plantee una nueva hegemonía, la construcción de un nuevo bloque histórico y que reconozca en las clases subalternas y oprimidas al sujeto de la soberanía y del mando, es decir, un sujeto de poder. Un proyecto que genere un cambio en el carácter de clase del Estado y que rompa

⁵ En realidad, la mentada “reivindicación de la política” remite a una intervención en la lucha de clases que no se organizó centralmente desde políticas monetarias o financieras, tal como había sucedido en la década del 90.

la continuidad de su mando. Un proyecto que abandone los caminos de la modernización propuestos por el capital —al margen de que se muestren como continuidad, profundización o radicalización del neodesarrollismo—, y que apueste decididamente por una alternativa sistémica y orgánica, y por formas de desarrollo endógeno y “desde abajo”. Un proyecto que acreciente la capacidad de los subalternos de vetar el proceso de recomposición de las condiciones de acumulación, pero que trascienda esa capacidad. En fin, un proyecto de poder popular basado en una estrategia independiente y autodeterminada y en mecanismos de legitimidad alternativos. Un proyecto imposible de ser cooptado por el poder y encasillado en los límites del capitalismo.

También consideramos ineludible el análisis del arraigo y la operatividad reciente del neopopulismo y todo lo que él abarca: la revitalización de un horizonte del capitalismo argentino típico de la segunda posguerra mundial; la idea de un modelo de acumulación basado en el mercado interno y en la industrialización sustitutiva; la confianza en el retorno a las estrategias reformistas de conciliación de clases, al vínculo vandorista,⁶

⁶ Augusto Timoteo Vandor (1923-1969), dirigente sindical argentino, jefe de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), el sindicato más importante de la Argentina en la década del 60. La corriente vandorista remite a un tipo sindicalismo pragmático y negociador, centralizado, financiado por el Estado e integrado al mismo. Está estrechamente asociado a las prácticas antidemocráticas y burocráticas. Hacia mediados de la década del 60, en la cúspide de su poder, el vandorismo jugó sin éxito la carta del “peronismo sin Perón”. En general, desde el punto de vista político, el vandorismo como corriente fue (y en parte sigue siendo) el pilar principal de la derecha peronista. Para comprender la naturaleza y las características del vandorismo, dos obras siguen siendo ineludibles: *¿Quién mató a Rosendo?*, libro de Rodolfo Walsh, y *Los traidores*, película de Raymundo Gleyzer.

al Estado populista, al nacionalismo populista y a los territorios simbólicos de la historiografía revisionista. En el caso del “ala radical” del neopopulismo, se retoma y se idealiza el horizonte de un capitalismo de Estado, o sea: lo que en el siglo XX fue uno de los fundamentos materiales concretos del nacionalismo revolucionario, ahora es simple expresión de deseo que apenas retrasa el desencanto y que logra mantenerse a través de algunas facetas —marginales y de baja intensidad— del intervencionismo estatal.

El arraigo y la operatividad de la superestructura neopopulista, sus capacidades hegemónicas —es decir: las aptitudes de sus representaciones, símbolos, narrativas, organizaciones e instituciones para hacer coincidir la reproducción de la burguesía con la reproducción del conjunto social—, pueden percibirse particularmente entre las clases subalternas, en franjas de las capas medias y en especial entre los más jóvenes, a pesar del proceso de degradación simbólica, regresión ideológica y parálisis política que promueve.

Por ejemplo, consideramos un signo de esta degradación los intentos por confeccionar un corpus ideológico adecuado a un proyecto neodesarrollista partiendo de una relectura y una recuperación acrítica del denominado “pensamiento nacional” o “pensamiento nacional-popular” y de sus referentes más destacados. Una actitud intelectual ajena a toda hermenéutica situada, junto a la absoluta falta de confianza en un proyecto de transformación radical, han permitido la reactualización de un pensamiento que, sin dejar de ser parte del acervo cultural e ideológico de nuestro pueblo, ha perdido antiguas eficacias políticas de cara a un proyecto emancipador; pero que, a partir de estas recuperaciones acríticas, ha ganado capacidad de maniobra en función del proyecto de dominación de algunas fraccio-

nes de las clases dominantes y de un sector reformista de la elite política.

Ese “pensamiento nacional”, resignificado por sectores y personajes que no desean una transformación radical de la realidad, se despoja de todo “espíritu de escisión” (utilizando un concepto gramsciano), y deja de ser apto para que las clases subalternas construyan una cultura propia. Esto es, una cultura escindida y potencialmente contrapuesta a la de las clases dominantes. Así, las clases dominantes (algunas fracciones de ellas, por lo menos) se nutren de este “pensamiento nacional” y ensanchan sus perspectivas políticas y culturales, aumentando su capacidad hegemónica. El “pensamiento nacional” termina configurándose como la visión del mundo de los que impulsan una serie de transformaciones progresistas al tiempo que expropián a las clases subalternas y oprimidas de toda iniciativa histórica. Es decir, el “pensamiento nacional” se va delineando como la superestructura de una especie de revolución pasiva que, como tal, se caracteriza por privar a las clases subalternas de sus instrumentos de lucha política y por obstaculizar la constitución de las mismas como clases autónomas.

En la base de las rehabilitaciones acríticas de este “pensamiento nacional” o “pensamiento nacional-popular”, se encuentra un punto de vista sustancialista, es decir: la creencia en que las ideas poseen vida propia. No se toma en cuenta que los seres humanos y las relaciones sociales cambian, y que con ellos y con ellas cambian las ideas. El sustancialismo deshistoriza, porque le impone un molde ideal a la historia. Por su fijismo en materia de conceptos e ideas, hace que estos dejen de pertenecer a la realidad histórica y pasen a ser parte de lo que, en términos sartreanos, podríamos denominar el campo de lo práctico-inerte. Este sustancialismo es funcional al

neopopulismo y favorece el transformismo y los procesos de alienación ideológica y la absorción de los militantes populares por parte de las clases dominantes.

La conciencia nacional, como cualquier tipo de conciencia, no posee autonomía y por lo tanto es difícil suponer que goza de una existencia y una historia propias. Así concebida, la conciencia nacional no es más que una forma de alienación ideológica y de inconciencia, o falsa conciencia nacional-popular. Una alienación que, tal como ha quedado en evidencia, es práctica (un proceso real y objetivo) y no precisamente metafísica o espiritual.

Por lo tanto, creemos que es necesario relativizar el impacto y la eficacia que poseen de por sí las estrategias de cooptación del Estado puestas en práctica a partir del año 2003, y tener presente que las mismas vienen funcionando sobre los recursos más negativos – asimilables por una ideología del poder– de un sustrato ideológico que no es en absoluto ajeno a la cultura política de las clases subalternas en la Argentina y en buena parte de Nuestra América. En este aspecto, también cabe la reflexión sobre la inviabilidad estructural de esas expectativas o, en todo caso, sobre las adaptaciones de las maleables superestructuras populistas a las nuevas situaciones históricas y a los actuales requerimientos del bloque de poder.

Lo nacional-popular en nuestro país, y en buena parte de Nuestra América, históricamente se ha desempeñado como plafón para políticas diversas y divergentes, como punto de partida para metas y proyectos que, incluso, fueron y son incompatibles. Por cierto, consideramos que la matriz nacional-popular desarrolló una formidable capacidad articuladora a nivel político, ideológico, cultural y simbólico, a diferencia de lo que ocurrió con la vieja izquierda, que produjo una larga

serie de discursos pequeños y prácticas marginales con escasa o nula capacidad articuladora, y que incluso sirvieron para profundizar la dispersión cultural y simbólica de las clases subalternas.

La conciencia nacional-popular prácticamente funciona mucho más como “episteme ideológica” que como ideología; o mejor, como una estructura simbólica aglutinante o como “narrativa interna” de las clases subalternas en Nuestra América. Pero la conciencia nacional-popular posee aspectos equívocos e indefinidos, sus ejes tienden a ser oscilantes.

La tradición política fundada en esta conciencia fue y es controvertida, se la invoca en función de intereses divergentes. Es un ámbito ideológico donde puede concurrir lo que carga con proyecciones revolucionarias y lo que apenas insinúa reformas moderadas, lo que nutre a un movimiento de masas anticapitalista y lo que puede caer fácilmente en las trampas ideológicas de la burguesía y hasta lo decididamente conservador. Nunca llegó a coagular en una síntesis; sigue siendo punto de encuentro, encrucijada, aunque mantuvo inalterada su función como concepción general (visión del mundo) proveedora de sentido para un conjunto extenso de prácticas.

Lo nacional-popular puede servir para mediatizar la conciencia de clase y puede ser compatible con las ideologías reformistas, con los discursos totalizantes (desde arriba) y compulsivamente homogeneizadores; pero no deja de ser, al mismo tiempo, un componente y, en muchos casos el punto de partida ineludible, de una conciencia anticapitalista de masas. Va de suyo que las actuales revisiones en clave neopopulista y/o neodesarrollista de la tradición nacional-popular están fundadas en sus regiones más ambiguas y cándidas, en sus entronques con los fetiches de los que predicán la armonía de clases.

III

Sostenemos que un proyecto de cambio social radical en Nuestra América, si aspira a masificarse, debe partir de la estación de lo nacional-popular, pero debe reactualizar esta tradición en clave revolucionaria y socialista para que no contribuya al proyecto de articulación hegemónica de las clases dominantes.

Creemos que las debilidades ideológicas, políticas y organizativas de las clases subalternas (y del conjunto del campo popular) y sus limitaciones para producir un movimiento masivo de organización social y política, unas instituciones sólidas, un nuevo sentido que unifique sus vicisitudes, una nueva subjetividad plebeya, un nuevo horizonte de época y una nueva narrativa colectiva a tono con los tiempos posneoliberales, en fin: las limitaciones para alumbrar un proyecto autónomo de y para las clases subalternas y oprimidas, abrieron un amplio espacio para la evocación del viejo proyecto populista, del viejo horizonte nacional-populista y de los viejos pactos del Estado benefactor combinados con la revitalización de los fetiches de la democracia liberal (un reflejo conservador al que las clases subalternas de Nuestra América están expuestas de manera permanente). Tal evocación, por otra parte, soslaya alevosamente el recuerdo de las limitaciones históricas de ese proyecto, ese horizonte y esos pactos. Limitaciones, harto comprobadas, para generar cambios sociales profundos “desde arriba” y para gestar una alternativa de “desarrollo nacional”.

Por diversas determinaciones estructurales e históricas, las organizaciones populares, no supieron, no pudieron (y en algunos casos no quisieron) superar su condición serializada y sus falencias organizacionales y reelaborar y resemantizar la memoria nacional-popular, los viejos referentes culturales y la memoria de las anterio-

res tradiciones emancipatorias (lo que sigue siendo una tarea pendiente). Esto produjo un vacío ideológico-político. Para colmo de males, este vacío hace que los cuestionamientos al hecho neopopulista se caractericen por una desalentadora pobreza política y teórica.

Asimismo, esta circunstancia alimentó el desconcierto y la frustración en la militancia popular más crítica y activa, hija dilecta de 2001; y también produjo un estancamiento y, en algunos casos, hasta un retroceso, en el proceso de acumulación del capital teórico-discursivo, político y militante “radical” iniciado al calor de los acontecimientos del 19 y el 20 de diciembre de 2001. Esa militancia, partiendo de formidables experiencias de lucha y formas originales de organización, había comenzado a resignificar viejas palabras y había instituido nuevos ritos y nuevas cosmogonías; pero no consiguió articular un movimiento político anticapitalista de masas, no logró confeccionar una agenda política popular y por ende no pudo hacer que una buena parte de la sociedad civil popular asuma el control efectivo de esas palabras, esos ritos y esas cosmogonías. Ese capital simbólico, que de todos modos sigue alumbrando un nuevo imaginario sociopolítico y una visibilidad política independiente del gobierno, aún está lejos de masificarse. En concreto: sobre ese vacío ideológico-político se ha producido una reafirmación de los modos anquilosados de la vieja izquierda y, sobre todo, se han restablecido la operatividad del populismo y el prestigio de algunos de sus típicos contenidos ideológicos; entre otros, los que impiden una identificación directa entre el “pueblo” y las clases subalternas (la clase que vive de su trabajo).

Esta condición parcialmente deshabitada de las clases subalternas y la apelación a mecanismos de consenso “positivos” —derechos humanos, ampliación de los derechos civiles, crecimiento económico, disminución del

desempleo, soberanía, etcétera— favorecieron el afianzamiento como “dispositivo de verdad” y la operatividad articuladora de expectativas sociales dotadas de un horizonte histórico anacrónico, precarizado, casi espectral, pero de indudables afinidades con un reformismo moderado que se mostraba como la respuesta más adecuada para recomponer el maltrecho bloque de poder.

De esta situación sacó partido un sector relativamente marginal de la elite política, que supo interpretar un contexto histórico caracterizado por la imposibilidad de intervenir en la lucha de clases, con fines de disciplinamiento social, a través de políticas monetarias y financieras. Esta situación también fue aprovechada por algunas fracciones de las clases dominantes con el fin de ampliar su base de poder y/o revitalizar una gobernabilidad fatigada, con la aspiración de consolidar su hegemonía.

Nación y autodeterminación

Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógicamente y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y —constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismo imperialistas extranjeros— proclamamos que este es un instante de nuestra historia en que no es posible ser nacionalista y revolucionario sin ser socialista...

José Carlos Mariátegui

I

La idea de nación tal vez sea una de las más controvertidas y esquivas. Nunca resultó fácil definir a la nación. Y, para colmo de males, cuando se asume el riesgo y se la define, se suele clausurar el pasado y el futuro, propiciando alguna forma de aberración estática. Ha sido y es común pensar la nación como una realidad absoluta, fetichizada y enajenada de la historia y sus categorías.

La nación es objeto de interminables adjetivaciones. Asimismo posee, como concepto, una historia propia que delata todo lo que ha sido y todo lo que se ha pretendido que fuera. Patricia Funes ha planteado el carácter “indócil y ambivalente del concepto de nación”. Para ella:

La nación es una de esas raras entidades que parece conjugar a un mismo tiempo lo teórico y lo estético, la emoción y la razón, lo orgánico y lo artificial, lo individual y lo colectivo, lo étnico y lo cívico, las identidades y las leyes. Probablemente por eso, los relatos nacionales absorben predominantemente metáforas de poetas y literatos, acostumbrados a las artes del oxímoron (Funes, 2006: 398).¹

En extensos sectores de la militancia de izquierda, particularmente en la Argentina, es común advertir dificultades un tanto desproporcionadas a la hora concebir una nación no liberal, no unitaria, no burguesa-capitalista y no reducida a la competencia interburguesa y al control de los mercados. Cuesta ver en la nación algo que no sea la consumación histórica del deseo, por parte de la burguesía, de disponer libremente de su quinta para succionar la sangre de los trabajadores. Por otra parte, resulta innegable que, después de la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983), y de más un siglo de prácticas devastadoras asumidas en nombre del Estado-nación y de relatos militaristas y reaccionarios sobre la nación, donde esta aparece básicamente como un hecho de fuerza y dominio ejercidos sobre los y las de abajo, se ha tornado difícil formular una idea sobre la misma no emparentada con lo más abyecto. Este descrédito también fue abona-

¹ Un oxímoron es una figura lógico-literaria. Se trata de una expresión formada por dos términos contradictorios (en latín: una *contradictio in adjecto*).

do por las ambigüedades típicas del populismo y sus reiterados ejemplos de retórica nacionalista pobremente compaginada con los desempeños, pero también por las del denominado nacionalismo revolucionario, que supo contradecir, pero también reproducir (al igual que la izquierda tradicional y el marxismo dogmático, aunque en otro sentido) algunas tramas de la ideología burguesa.

Existe, además, en sectores de la vieja izquierda argentina, toda una cultura política reacia a la idea de nación. La nación fue y es una especie de bache en la cultura de la izquierda argentina. En el marco de las coordenadas impuestas por esa cultura, las lógicas burguesas suelen confundirse maquinalmente con las lógicas nacionales, a pesar de que en Nuestra América ambas lógicas han manifestado reiteradamente sus incompatibilidades. Además, estos sectores de la izquierda, en forma simplista, han tendido a asociar la dominación nacional a la dominación de clase (directa).

A muchos de los militantes de la vieja izquierda unidimensional, muchas veces la dialéctica les quedó trunca y les resultó complicado conjugar lo general con lo concreto, lo internacional con lo nacional. Tendieron a concebir la “revolución mundial” y la “salida nacional” como procesos indefectiblemente contrapuestos. Invocando el napoleonismo o la simultaneidad de los procesos revolucionarios. Generalizando situaciones excepcionales. Obviando las realidades predominantes y lo que el intelectual cubano Fernando Martínez Heredia denominó la “angustia del siglo”, que no es otra cosa que “la necesidad de la revolución mundial anticapitalista cuando se vive la realidad de la revolución anticapitalista en un país” (Martínez Heredia, 1999: 96-97).²

² Martínez Heredia destaca el agravante del caso cubano, donde además de vivir esa realidad en “un país”, se vive en un “pequeño país”.

Los militantes de la vieja izquierda unidimensional se negaron, fundamentalmente, a pensar las posibles (y necesarias) articulaciones y mediaciones entre la nación y el socialismo. Para ellos la nación se correspondía exclusiva y unilateralmente con lo burgués, la conciencia nacional era la conciencia del dominador.

Estas dificultades, además de la alienación respecto de la realidad y la historia de las clases subalternas y oprimidas, se derivaron en buena medida del hecho de no poder ir más allá de los planteos sobre la nación de Karl Marx, Friedrich Engels, Karl Kautsky, V. I. Lenin, Josef Stalin y León Trotski, entre otros. Planteos diversos, por cierto, pero que, en líneas generales, no lograron exceder una concepción basada exclusivamente en factores objetivos (a su vez reducidos a lo “material”) y que dejaba de lado a los factores subjetivos. Liberar a la nación del chaleco de fuerza de la metafísica y establecer una ligazón con el ascenso y la consolidación del sistema capitalista fue un paso nada desdeñable, pero insuficiente.

Según Leopoldo Mármora:

En la concepción de Marx y Engels había habido indudablemente una evolución, pues, para ellos, la nación había sido primero una tarea democrática en el marco de una revolución dirigida por la burguesía, y luego se convirtió en un residuo de la revolución democrático burguesa inconclusa dentro del marco general de una revolución conducida ahora por el proletariado socialista. En ese nuevo marco tenían cabida todas las tareas democrático-burguesas pendientes. Sin embargo, ninguno de los clásicos del marxismo, ni Marx ni Lenin después dio nunca el paso siguiente, paso este que habría consistido en conceptualizar a la nación como una característica esencial del socialismo y un objetivo a largo plazo del mismo (Mármora, 1986: 52).

La nación, y todo aquello que está en correspondencia directa con ella, posiblemente haya sido una de las problemáticas más ausentes en el marxismo desde el plano de lo teórico y, a la vez, objeto de simplificaciones y planteos reduccionistas.³ Esto condujo irremediablemente a no pensar la nación como un elemento, un contenido, que también podía ser característico del socialismo y uno de sus posibles horizontes. En concreto, en este aspecto, las limitaciones de la vieja izquierda se pueden explicar por su rigidez dogmática y por su falta de creatividad política a la hora de ir más allá de la “teoría de la extinción del Estado y la política”; una teoría que deja enormes huecos en relación con los procesos de transición, la acción política, y, claro está, la nación. O sea: al no considerar el carácter nacional de la transición a un régimen poscapitalista, al no tener en cuenta los elementos anticapitalistas (elementos de inocultable proyección socialista) que pueden contener las luchas nacionales y populares, la izquierda no puede pasar el momento ético-político. De este modo se estanca en el corporativismo y/o termina persiguiendo victorias fraudulentas y —esto va de suyo— subordinándose a los proyectos de las clases dominantes. En otros casos se reduce el problema nacional a una cuestión de táctica. Se invoca a Mao Tse Tung y se lo deshistoriza con el fin de justificar las alianzas más extraviadas, para caer, la mayoría de las veces, en el oportunismo.

³ Michael Löwy menciona otras temáticas ausentes o tratadas de “manera inadecuada” por el marxismo: “la destrucción del medio ambiente por el ‘crecimiento de las fuerzas productivas’, las formas de opresión no clasistas (por ejemplo, de género o étnicas), la importancia de reglas éticas universales y de los derechos del hombre para la acción política, *la lucha de las naciones y culturas no europeas contra la dominación occidental...*” (las cursivas son nuestras). Cf. Löwy, 2010: 15.

Entonces, las limitaciones de la vieja izquierda a la hora de pensar la nación se pueden derivar de sus fallas y descuidos en la elaboración de una teoría del poder político, que fue precisamente lo que la llevó —al decir de Pierre Rosanvallon— a oscilar permanentemente “entre la perspectiva utópica del fin de lo político y las desviaciones tácticas de un poder ‘realista’, ya se trate del realismo socialdemócrata o el realismo bolchevique” (Rosanvallon, 1979: 26). Vale recordar que Rosanvallon sostenía que “donde la teoría calla la práctica puede ser monstruosa” (ibíd.: 32), dado que esos vacíos tienden a ser colmados con altas dosis de voluntarismo. A estas limitaciones hay que agregarles otras que provienen de una empobrecida conceptualización del Estado y del socialismo.

De este modo, podemos afirmar que la vieja izquierda fue (y es) reacia 1) a concebir la nación como un hecho cultural o ideológico, o un “hecho de conciencia”, que precede toda objetivación institucional y que constituye un importantísimo frente de lucha (y no una mera “aparición”); 2) a imaginar la nación como construcción productora de sentido de pertenencia a un colectivo trascendente; 3) a asumir que las clases subalternas, para devenir hegemónicas y dominantes, deben componerse como clases nacionales; 4) a comprender la nación como un artefacto político de primer orden de cara a la dirección intelectual y moral de la sociedad; 5) a reconocer que, para las clases subalternas, el referente de lo nacional no es el Estado, sino su propia historia ético-política. Fundamentalmente, y como ya hemos señalado, la vieja izquierda se aproximó a la categoría de nación desvinculándola de la lucha de clases, tal como suele hacerlo con aquellas categorías que concibe como “económicas” y portadoras de una validez objetiva.

Como no podía ser de otra manera, la palmaria indigencia del concepto se transfirió inmediatamente a la

práctica. Como no concibió otra posibilidad que una nación burguesa, como no descubrió las temporalidades nacionales alternativas (o sus embriones) puestas de manifiesto en ciertos acontecimientos y procesos protagonizados por las clases subalternas y oprimidas, particularmente en el ámbito de Nuestra América, la vieja izquierda reivindicó la enajenación de las clases subalternas respecto de la nación, idealizó esa exterioridad porque creía que así las liberaba de la homogeneizante ideología burguesa. Esa izquierda se acorazó y se aisló del sentimiento y las necesidades nacionales; incluso llegó a asumir mitologías antinacionales y alimentó formas de autodenigración popular. Esa izquierda no asumió las realidades de Nuestra América, nuestras representaciones y nuestros sueños como la primera estación del trayecto socialista; de esta manera, conspiró contra la posibilidad de gestar orientaciones de masas y direcciones nacionales para sus luchas, al tiempo que fomentó la proliferación de jefes pequeños y sectas mezquinas. Se negó a las estrategias aptas para superar su propia desarticulación.

Cabe decir que una parte de la izquierda dizque heterodoxa ha venido asumiendo posturas similares, replicando las mismas taras de la vieja izquierda, pero ahora con fundamentos “originales” (aunque sin desechar totalmente los fundamentos “antiguos”).

En los “clásicos” del marxismo, la nación, invariablemente fue pensada como forma y tarea burguesa, como una realidad determinada unilateralmente por la infraestructura, aun en los casos en que se le reconocían funciones “progresistas”. Por ejemplo:

- En las explicaciones de Karl Marx (y de Friedrich Engels también) respecto del apoyo activo (aunque no incondicional) que debía prestar la clase obrera a las

luchas que contribuyeran a la aceleración del régimen burgués y al desarrollo histórico frente a las rémoras reaccionarias o feudales. Una explicación que, aplicada a la realidad de los países periféricos, llevaría a la justificación del colonialismo y la opresión de los poderosos.

Es evidente que aquí no estamos considerando el punto de vista de Marx y Engels expresado en el *Manifiesto comunista*, donde afirmaban, por ejemplo, que la clase social que carecía de todo interés nacional era la clase obrera, o que el comunismo era viable empíricamente si se lo implantaba de golpe y al mismo tiempo en todos los pueblos dominantes. No estamos tomando en cuenta los análisis de Marx respecto del papel supuestamente progresista que desempeñaba Gran Bretaña en la India, al destruir su sistema comunitario rural aldeano y las formas localistas. Estos análisis, a pesar de todos los miramientos respecto de sus alcances y perspectivas objetivas, no dejan de contener una justificación del colonialismo inglés. Marx consideraba que el capitalismo británico, al acabar con este sistema, acababa con las posibilidades reproductivas del feudalismo asiático y el despotismo.

Tampoco estamos juzgando los análisis de Engels en relación con la conquista de territorios mexicanos por parte de Estados Unidos. En estos planteos se puede percibir una impronta evolucionista que promovía el sacrificio del chico al grande, del débil frente al poderoso; también una matriz economicista que ponía el énfasis en el desarrollo de las fuerzas productivas, y del cual se deducía la cohesión de las clases y los partidos a escala nacional. En efecto, son los pasajes marxistas que menos aportan a dilucidar la cuestión nacional.

Por cierto, los propios Marx y Engels comenzaron a corregir esta posición cuando plantearon el vínculo insoluble entre la “cuestión nacional” irlandesa y la “cuestión social” en Irlanda e Inglaterra (la relación entre la

libertad en Inglaterra y la opresión en Irlanda), en sus enseñanzas respecto de las posibilidades que tenían las luchas nacionales de desbrozar el camino para las luchas socialistas y, en sus últimos años, particularmente en Marx, su aproximación, bastante cercana, a la noción de desarrollo desigual.

- En las teorías leninistas sobre la cuestión nacional. En total contradicción con las posiciones de la Segunda Internacional, Lenin estableció como eje político de la cuestión nacional la distinción entre naciones opresoras y naciones oprimidas. De este modo, al identificar la dimensión nacional como dimensión específica de la lucha de clases en determinados países, Lenin se convirtió en un pionero en la elaboración de la política nacional y la estrategia revolucionaria del proletariado en los países atrasados u oprimidos. Por otro lado, la articulación leninista del principio del internacionalismo proletario con el principio liberal-burgués del derecho a la autodeterminación de las naciones también constituyó un aporte muy importante. Esa articulación era para Lenin la savia misma de la revolución mundial, porque permitía la concurrencia de dos procesos: el de las luchas sociales en el centro con las luchas de liberación nacional en la periferia.

- El rescate de León Trotski del patriotismo de los oprimidos, o el célebre *Programa de transición* de 1938 que contiene consignas nacional-democráticas, y que llevó a muchos trotskistas de Nuestra América a plantear, en reiteradas circunstancias, la necesidad de construir una nación moderna e independiente, con métodos socialistas.⁴ El jefe del Ejército Rojo, por otro lado, al final de

⁴ Cabe recordar que al momento de la fundación de la III Internacional Comunista, muy otra era su posición, dado que ataba la emancipación de las colonias a la del proletariado de los países colonialistas.

sus días adhirió a la idea de la unidad de Nuestra América, al plantear la necesidad de constituir una confederación de Estados socialistas. De esta manera se aproximó al sentido bolivariano de la nación.

Más allá de los avances respecto de los postulados iniciales, estas distinciones atinadas no bastaron para conseguir la superación del objetivismo económico o de lo democrático-burgués como punto de partida para pensar la nación. Costó elaborar un concepto de nación que no fuera meramente negativo, y las elaboraciones más positivas fueron parciales y circunstanciales. De todos modos, el dato fundamental que debemos destacar es que la dominación imperialista fue adquiriendo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y en lo poco que va del XXI, características muy diferentes de las que tuvo en la primera parte del siglo XX y a fines del XIX. La cuestión nacional no se puede reducir al hecho de que “la dominación extranjera impide el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas en la periferia”, o a que “lo burgués nacional periférico es progresivo —léase: objetivamente antiimperialista— por complejión”. Las cosas hace tiempo que son mucho más enmarañadas. Otra limitación crucial de estas fórmulas es que planteaban un círculo virtuoso entre desarrollo económico, independencia nacional y socialismo.

Por supuesto, también, podemos explicarnos las limitaciones de la izquierda para pensar la nación por el desconocimiento del aporte de marxistas como Otto Bauer, Franz Mehring, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui, Nicos Poulantzas, Ernesto Che Guevara, entre muchos otros, quienes, con diversos grados de acierto, dieron los pasos que no lograron dar los clásicos y los dogmáticos, y son por eso una referencia insoslayable para pensar la nación no burguesa y no capitalista. Sobre todo porque

pusieron el énfasis no tanto en la autodeterminación de las naciones como en los problemas de la constitución interna de las mismas.

Muchas circunstancias han contribuido a la omisión de las dimensiones simbólicas más positivas de la patria y la nación; dimensiones que brotaron a lo largo de la historia de Nuestra América al calor de procesos anticoloniales, libertarios y populares.

La Revolución Cubana, por ejemplo, más allá de las opiniones que existan respecto de sus derivas, como acontecimiento histórico aportó nuevos sentidos, ricos y complejos, a la cuestión nacional. Lamentablemente, hace largo rato que una buena parte de la izquierda, sobre todo en Nuestra América, no se detiene a reflexionar sobre la experiencia del caso más emblemático de revolución socialista de liberación nacional. La Revolución Cubana constituye un ejemplo de identidad nacional sustentada en valores vinculados a la justicia social, la igualdad, la dignidad y una propuesta radical de liberación. Por otra parte, esa relación entre nación-socialismo, entre patria y anticapitalismo, hizo posible el ejercicio de un internacionalismo pocas veces tan concreto y paradigmático, principalmente porque se basó en las propias raíces: altas dosis de Simón Bolívar, Bernardo de Monteagudo y de José Martí y dosis más bajas de “internacionalismo proletario”. Se trató de un internacionalismo que el Che encarnó mejor que nadie.

Aquí se nos impone una serie de interrogantes. ¿Es posible el cambio social radical en la Argentina, o en cualquier país de Nuestra América, sin una asociación del proyecto socialista con las identidades nacionales? ¿Es posible dicho cambio si las clases subalternas y dominadas no desarrollan una voluntad de ostentar la representación de la nación? ¿Qué ocurre cuando lo nacional y lo socialista se disocian?

II

Ahora bien, el rechazo de lo nacional también suele ser una disposición que caracteriza a sectores —igualmente extensos— de militantes, en general jóvenes, vinculados a una nueva izquierda o izquierda autónoma, dizque heterodoxa, más o menos cercana a organizaciones y movimientos sociales. En este caso, el rechazo de lo nacional suele reflejar, no solo la impronta de viejas tradiciones aún no erradicadas, sino también el impacto de la experiencia neoliberal y el discurso posmoderno: el economismo, el corporativismo, el cortoplacismo, la falta de referentes históricos, el culto de la técnica, la reivindicación de una condición desterritorializada y de los reductos intersubjetivos en miniatura, la centralidad otorgada a las luchas por la diferencia y el desprecio por la política como síntesis general de toda la actividad social, la ausencia de un proyecto de poder (y, lo que es peor, la escasa o nula preocupación por tenerlo) y cierta orfandad —fruto de un relativo desarraigo y del repudio de las tradiciones culturales nacionales—.

La exaltación de lo social en desmedro de lo político (confinado muchas veces a lo superestructural y a lo electoral), y el consiguiente énfasis puesto en la recreación del socialismo desde lo social, vienen siendo un rasgo distintivo de esta nueva izquierda, pero esta recreación —impostergable— resultará inviable sin un proyecto político que genere el contexto adecuado para que actúen los sujetos llamados a jugar esa función: las organizaciones populares, los movimientos sociales. De otro modo, el proyecto socialista quedará en las peores manos. Permanecerá —inviable— como un conjunto de sentencias y certezas previas a ser ejecutadas por iniciados y especialistas.

Estas taras políticas inhiben la resolución de una cuestión imprescindible de cara a la formulación de pro-

yecto de transformación radical: el desarrollo de una identidad nacional con capacidad de articular los planos vinculados al poder, la ideología y la cultura; el solar más apto para que arraigue la praxis socialista, un componente imprescindible para una disputa hegemónica. A partir de lo señalado no es difícil deducir que, en el caso de la izquierda dizque heterodoxa, el rechazo de lo nacional suele ir acompañado por el repudio de los grandes relatos históricos (los proyectos políticos los requieren) y la fascinación por el minimalismo.

Este minimalismo, o la territorialización concebida como práctica insular, el “socialismo en un solo barrio”, o el “grupismo”, fetichizan las particularidades y producen a pequeña escala lo mismo que el socialismo en un solo país producía a lo grande: burocracias autosatisfechas y doctrinas de la pasividad y el reformismo. El mismo producto que se deriva de un corporativismo o un gremialismo de base cuando es combinado con definiciones políticas ultraizquierdistas —o principistas o puristas— a nivel nacional e internacional. De este modo, el minimalismo se integra en la lógica del multiculturalismo que, por los menos en ciertos formatos, tiende a consolidarse como la nueva visión del mundo del capitalismo global. Este multiculturalismo pone el énfasis en las pequeñas acciones, en las pequeñas historias; concibe a la clase y la nación como categorías abstractas, esencializa una hibridez sin tensiones, no da cuenta de los conflictos sustantivos y subsume las alternativas sistémicas en el campo de lo diverso.

El minimalismo, un lastre con el que cargan algunas de las mejores experiencias del campo popular en la Argentina, sustenta un pensamiento político localista y unas praxis del mismo signo. El minimalismo se puede parangonar con lo que Gramsci denominaba “pequeña política”; esto es: una política centrada en la cotidianidad y en los

fragmentos de una estructura preestablecida y que, al evitar que la lucha de clases se ponga de manifiesto en la esfera estatal, realiza una enorme contribución a la “gran política” de la clase dominante. Las clases subalternas y oprimidas necesitan asumir los horizontes de una “gran política”, único recurso para instalar la lucha de clases en la esfera estatal y para cuestionar las estructuras preestablecidas.

Para explicarnos esta situación, y sin afanes de justificarla, debemos tener presente que en la Argentina, sobre todo en los últimos años, la clásica retórica nacional-popular se ha utilizado para justificar “políticas de entrega y dominación”. Los intelectuales, dirigentes y funcionarios que se asumen como nacionales y populares, son orgánicos del estatuto de la derrota popular posdictadura. Invocan conceptos del nacionalismo popular, sobre todo después de que el proceso iniciado en 1983 se despejó de su rutina hacia 2001, pero carecen de la aptitud para convertirlos en un programa nacional-popular de y para las clases subalternas; es decir, un programa nacional-popular con inocultables referencias clasistas. En efecto, quedó demostrado que se puede recurrir a la retórica nacionalista para enmascarar la continuidad de los atropellos sociales. El “índex” nacional y popular ya no sofoca a las clases dominantes y ha adquirido una versatilidad inédita. Así, por ejemplo, la reivindicación de la generación del 70 y sus luchas puede resultar perfectamente compatible con la precarización laboral y una inédita transnacionalización y monopolización de la economía argentina. Esta realidad, más aún si se le suman los viejos prejuicios, refuerza la idea de la nación como mera coartada de las clases dominantes.

Por eso generan dudas el nacionalismo y también, aunque menos, el término pueblo. Porque a través de ellos pasan gruesos contrabandos del enemigo (exactamente

igual que lo que ocurre con la democracia y la libertad, e incluso con el socialismo). Tantas dudas generan, que se torna usual la negación del componente específicamente nacional presente en los procesos emancipatorios de Nuestra América: desde la Revolución Mexicana a la Bolivariana, desde la Revolución Cubana al neozapatismo. Es común ver a jóvenes que se identifican impetuosamente con estos procesos, pero que se estremecen cuando se plantea la necesidad de asumir la dimensión nacional de la lucha popular, y que las políticas “de soberanía”, en Nuestra América, pueden ser la condición para las políticas de autonomía y autodeterminación de las clases subalternas o de “poder popular”.

Así, no es extraño detectar, en ciertos espacios auto-definidos como “alternativos”, una tendencia a disociar las praxis orientadas a la construcción de la autonomía de las clases subalternas y oprimidas, con la indiferencia por modificar las relaciones de fuerzas a escala nacional. Tal disociación de procesos reciamente entrelazados no hace más que hipotecar la autonomía en el corto plazo. Curiosamente, muchos de esos espacios se identifican con el neozapatismo mexicano que, como todos sabemos, ha asumido la tarea de “reconstruir desde abajo la nación mexicana”, ha hecho ostensible su “amor por la patria” y ha planteado, sin eufemismos, la necesidad de un “programa nacional”.⁵

Tanto en la vieja izquierda tradicional como en la nueva izquierda dizque heterodoxa la recusación de la cuestión nacional es reflejo del peso de concepciones defensivas y sectoriales, que devienen fácilmente en aislacionismo y sectarismo. Es básicamente un signo inequívoco de su principal falencia: la ausencia de una política

⁵ Ver, entre otros documentos: Subcomandante Insurgente Marcos: *La tercera estela. Un plan*. México, julio de 2003; EZLN, *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, México, julio de 2005.

de poder (contrahegemónica y nacional). La preeminencia de estas concepciones constituye sin dudas un problema endémico en la izquierda, que se ha expresado y se expresa en las dificultades para articular lo cotidiano con los propósitos máximos.

Pero ocurre que el principio estructurador del sistema del capital se basa en articulaciones jerárquicas y conflictivas en un plano nacional-internacional. Como ha planteado Itsván Mészáros, ni la “unidad global del capital”, ni un “gobierno global” son factibles (“El capital no va a complacernos haciéndole ese favor al trabajo, por la simple razón de que no puede hacerlo”, Mészáros, 2009: 194).⁶ Por eso, además de la centralización progresiva del capitalismo mundial, existe un imperialismo hegemónico a nivel global liderado por Estados Unidos, que busca imponerse a otros Estados nacionales.

Ocurre que la nación, como “forma”, como modo de la existencia social e histórica, no ha dejado de funcionar como espacio concreto de dominio, de dirección de la vida social y de mando; esto es, como el espacio que otorga sentido a la totalidad primaria del capital (y a la totalidad de la lucha de clases).

Ocurre que la nación no ha perdido aún su justificación histórica. Sigue interviniendo a través de expresiones culturales, de representaciones colectivas, de referencias, anhelos, etcétera, como elemento de identificación de las personas en todo el mundo y constituye una forma de construcción social de la realidad. Pero lo más importante es que estos elementos de identificación y estas formas de construcción social de la rea-

⁶ En la misma línea, Mészáros recuerda que la globalización “sigue produciendo corporaciones gigantes *trans*-nacionales, pero no verdaderas *multi*-nacionales” (Mészáros, 2009: 195; las cursivas aparecen, como negritas, en el original).

lidad contienen “núcleos de buen sentido”, en términos de Gramsci, o “factores de verdad”, en términos de Theodor Adorno, que pueden resultar asimilables y en algunos casos imprescindibles para las luchas emancipatorias.

Ocurre que lo nacional es el horizonte político insoslayable para la proyección del sujeto popular (o subalterno). De este modo, la nación puede configurarse como campo revolucionario y núcleo significativo de la sociedad civil. Como objetivo e idea general, la nación puede contribuir a dignificar las condiciones de existencia de un conjunto de particulares. “Nación” es una palabra que conserva una interioridad rebelde y montaraz, difícil de amansar. Es una palabra que contiene varios destinos.

Entonces, dialécticamente, podemos pensar-experimentar una nación alternativa en la nación burguesa y contra la nación burguesa. La nación puede ser —al decir de Jean Paul-Sartre— una totalidad que se modifica a sí misma ininterrumpidamente: la nación como “revolución permanente” (cf. Sartre, 1995: 47); o simplemente un espacio proyectado de la emancipación y de la construcción soberana de las formas de sociabilidad más justas, más humanas, más dignas, más libres. La patria puede ser otros ritos, distintos y enfrentados a los ritos de los explotadores.

La hegemonía, forma histórica de la lucha de clases que, entre otras cosas, remite a la capacidad de articular intereses en el plano de lo subjetivo, para construir a las clases en voluntad colectiva y para hacer posible su desarrollo organizacional e institucional autónomo, siempre se basa en una idea de nación (y esto corresponde tanto para las clases dominantes como para las clases subalternas). El poder burgués no se asienta solamente en el terreno de la infraestructura. El poder popular tampoco. Las clases subalternas se caracterizan por una condición

heterogénea sobre la que se genera el consenso pasivo que obtienen las clases dominantes (y el sistema del capital). La nación es clave para superar la atomización que alimenta el transformismo. La nación es clave para la construcción del hombre y la mujer colectivos.

La constitución de un nuevo bloque histórico, que requiere la construcción de la hegemonía de las clases subalternas y oprimidas, orientada al reemplazo del sistema orgánico del capital por otro sistema orgánico alternativo, no puede prescindir de la nación. Es decir, no puede prescindir de las identidades nacionales, dado que estas expresan las articulaciones entre la infraestructura (la base económica y social) y la superestructura político-ideológica, como momentos del bloque histórico. La disputa hegemónica contiene necesariamente una disputa por el significado de la nación y la patria. Si se abandona irresponsablemente este plano, si la fuerza política, organizativa, institucional alternativa no se combina con el desarrollo de un poder cultural y simbólico capaz de obtener un liderazgo nacional (la nación como proyecto político remite también a un hecho cultural), directamente se anula todo horizonte hegemónico, toda capacidad contrahegemónica.

Como hemos señalado, la carencia de un proyecto de poder por parte de la izquierda y la incapacidad de definir desde un espacio sociopolítico concreto una perspectiva social general y ejercer un liderazgo moral e intelectual, es el corolario de esta desidia respecto de la “cuestión nacional” (la encrucijada de la economía, la política y la ideología). Al mismo tiempo, al no considerar esta dimensión crucial, al negar lo nacional como momento dialéctico en el devenir de una comunidad, la izquierda ha conspirado contra el internacionalismo más genuino y concreto, y por ende menos abstracto y más alejado del principio táctico-organizativo; el internacionalis-

mo que se asienta en hegemonías nacionales subalternas. Más grave aún: la izquierda, al tiempo que desconsideraba esta cuestión, recurrió (y recurre) al expediente de la “falta de conciencia de clase” para dar cuenta de los reiterados casos de alineamiento y la identificación de las clases subalternas con las clases dominantes nacionales (ni más ni menos que sus explotadores).

En este aspecto coincidimos con la propuesta de Mézáros de una dialéctica entre un nacionalismo defensivo, que implica una crítica radical al sistema de relaciones injustas y asimétricas entre los Estados (y el ejercicio de un patriotismo entendido como solidaridad con el patriotismo de los pueblos oprimidos), y el internacionalismo positivo que apunta al reemplazo del principio estructurante de los espacios del capital por una alternativa sistémica basada en la cooperación y en la voluntad de exceder al capital.⁷

Por lo tanto, sostenemos que la nación puede (y debe) concebirse como un espacio susceptible de ser apropiado y rediseñado por las clases subalternas con sus significaciones, sentimientos y sueños, con el fin de disputarle al capital —en el marco de una “lucha nacional”— su sentido de la totalidad orgánica, su sistema hegemónico. Esa apropiación, ese rediseño, implican una recuperación y la posibilidad de una imposición de las ideas de las clases subalternas en la misma acción, en el mismo movimiento de la sociedad civil popular para autoorganizarse. Claro está, el pánico a esa recuperación anula toda posibilidad de política radical.

⁷ Cf. Mézáros, 2009: 428-430. Según Mézáros: “La tendencia destructiva del capital transnacional no puede ser ni siquiera atemperada, y mucho menos absolutamente superada, nada más en el nivel internacional, mediante la acción de gobiernos nacionales en particular” (ibíd.: 430).

La aversión a pensar desde el campo contradictorio de las tradiciones nacionales, y la repulsión a asumir los contenidos dilatados, impuros y flexibles de la cultura nacional, en pos de conservar la castidad revolucionaria y una estética “ultra” y binaria; la confusión de lo plebeyo-popular con lo populista (un universo ancho y siempre ajeno), anula toda posibilidad de resignificar revolucionariamente esa tradición y esa cultura, al tiempo que conspira contra todo emplazamiento contrahegemónico, inhibiendo el desarrollo de las capacidades de liderazgo moral e intelectual sobre las mayorías y limitando las posibilidades de conformación de un nuevo bloque histórico.

Estas fobias a las identificaciones nacionalistas y patrióticas han conducido a ciertos grupos de izquierda a renegar de las tradiciones nacionales, de la cultura nacional y sus íconos y referentes. Estas aversiones limitan sus posibilidades de inventarse una tradición histórica; problemática que se pone de manifiesto, por ejemplo, en sus incursiones en el campo historiográfico. Estas repulsiones castran sus posibilidades de irradiación discursiva, al tiempo que provocan una merma importante en las defensas ideológicas de las clases subalternas.

La desnacionalización acota el campo de la crítica y siempre nutre alguna pasividad, algún pragmatismo, algún individualismo, algún egoísmo. La figura desnacionalizada es siempre apolítica (incluyendo las formas del apoliticismo de izquierda) o elitista y sectaria. Por lo tanto, la desnacionalización es plenamente funcional a la neocolonización. Y en las clases subalternas se expresa en autoestima baja y falta de cohesión.

Asimismo resulta imprescindible, de cara a la transformación radical de nuestras sociedades (entiéndase, en sentido anticapitalista), pensar las articulaciones entre la democratización social y la forma estatal-nacio-

nal. Es más, creemos que las condiciones democráticas radicales y el poder popular solo tienen futuro si logran coagular en marcos nacionales (y no estamos pensando precisamente en “vías nacionales al socialismo”). La nación sigue siendo necesaria para la unidad política de los explotados, inexcusable como totalidad (conformada de abajo hacia arriba) de los momentos interiores subalternos, imprescindible como instancia para la supervivencia misma de las clases subalternas y oprimidas y como discurso performativo productor de consentimiento.

No es casual que algunos grupos que se reconocen en el disímil espectro de la izquierda dizque heterodoxa o autonomista y que, como la vieja izquierda, desdeñan la cuestión nacional, hagan lo propio con la idea de una lucha por amalgamar a las clases subalternas, desestimando toda articulación por “externa”, negando antidialécticamente la posibilidad de las articulaciones “internas”. De este modo conjugan el universalismo global y abstracto con el culto a la micropolítica, limitando el campo de producción de vínculos intersubjetivos alternativos a los del capital a espacios restringidos e incontaminados. También piensan en esos microespacios cuando impulsan la creación de “comunidades de sentimientos y sentidos”. El fundamento filosófico del que parten, consciente o inconscientemente, concibe realidades planas y no contradictorias, y considera que toda universalidad es impuesta desde afuera o desde arriba (o las dos cosas juntas), y se niega a reconocerla como momento immanente de la sociedad humana.

Por cierto, en Nuestra América, desde Tupac Amaru II en adelante, lo que más intranquilizó a las clases dominantes, y lo que más conmovió al poder colonizador o imperialista, fueron los proyectos de dimensión nacional-continental de las clases subalternas, oprimidas y

explotadas.⁸ Esos proyectos ponían en evidencia no solo la falta de identificación de estas clases con el mundo de los dominadores, sino también la vocación de ir más allá de la resistencia y la insubordinación y de construir un mundo alternativo, autoconstruido y autogobernado, lo que implicaba un violento y profundo desplazamiento social, político y simbólico de las clases dominantes. Esta fue la dimensión más radical de las impugnaciones de los de abajo al orden dominante; más, mucho más radical que las rebeldías con propósitos particularizados. El eje puesto en la diferencia no solo relega las luchas por la igualdad a un lugar secundario, hace lo propio con la nación.

La nación es más, mucho más, que una simple mediación entre las clases y el mundo (y las clases son más, mucho más, que una simple mediación entre el individuo y la sociedad). La nación remite a un proceso de intersubjetivización que se produce y se reproduce constantemente. Entonces, la nación, así concebida, no es un dato de la realidad, una entidad homogénea y fija; es, obviamente, un proyecto, un pronóstico colectivo de cara al futuro, de cara al mundo del futuro. La nación, imaginada y forjada de este modo, no puede compatibilizarse con lo uniforme. Por el contrario, al no ser concebida como una esencia histórica pasiva, comulga con lo plural. Este pluralismo instituye un conflicto permanente, de ahí su carácter emancipador. Por otro lado, la tarea de reapropiación material y simbólica de espacios “ajenos” para cargarlos de contenidos y valores diferentes, es una práctica característica de las clases subalternas. Cabe plantearla

⁸ En relación con esta cuestión, René Zabaleta Mercado decía: “Si [Tomás] Katari fue más sanguinario, extremista y terrible que [Tupac] Amaru, este contenía un proyecto para todos, una utopía no meramente utópica. El señorío vio en él una sociedad que podía existir, un tipo de independencia nacional que no aceptó ni siquiera ante el advenimiento de Bolívar” (Zabaleta Mercado, 1986: 91).

entonces respecto de la nación, pero también en relación con un conjunto extenso de realidades.

III

Con la denominada globalización neoliberal, se reposiciona la cuestión nacional. Esta se expresa, en forma negativa, en los provincialismos, los etnicismos y los culturalismos que promueven el repliegue hacia el interior de identidades herméticas y antimodernas, en el nacionalismo fascista que alimenta las limpiezas étnicas, o en el nacionalismo que se confunde con el extremismo religioso, con el racismo, y la xenofobia. Pero también se expresa en forma positiva cuando la nación —libre de todo racismo implícito, lejos de toda proyección neurótica— remite a la riqueza cultural, identitaria y democrática que se resiste a la universalización totalitaria del capitalismo y a sus estrategias de homogeneización compulsiva y transculturización (globalización neocolonial), cuando se asienta en lógicas societarias (basamento de alternativas civilizatorias), cuando los sentimientos nacionales se encaminan hacia la autoestima de los de abajo, hacia la defensa de la soberanía y la diversidad cultural (lejos de todo culturalismo antimoderno), y hacia una lucha revolucionaria de las clases subalternas.

En efecto, la nación puede ser una alternativa a los nuevos formatos que asume el *dominium* en la era de la globalización neoliberal (o posneoliberal).⁸ Salvo que

⁸ Cabe destacar que la nación también sigue siendo una alternativa fundamental como freno a las formas más “tradicionales” del imperialismo que no han dejado de proliferar junto a las “nuevas” modalidades impuestas por la globalización neoliberal. Por ejemplo: Estados Unidos sigue invadiendo-ocupando territorios militarmente y sus bases militares no dejan de reproducirse por todo el mundo. Estados Unidos sigue ejerciendo la violencia contra toda barrera nacional que impida la expansión de su poderío. Frente a esta realidad, además de reivindicar a la nación, ¿no habrá que pensar, incluso, en la necesidad de una Doctrina de Guerra?

consideremos, con Negri y Michael Hardt, que, en la actualidad, la única oposición relevante se da entre el capital y la multitud. Por otra parte, el mundo globalizado, con su reformulación y profundización de las asimetrías entre los Estados centrales y periféricos, obliga a pensar en las posibilidades que tienen las identidades nacionales de asumirse como el resultado de una elección y de una autodefinición frente a lo global.

En el mundo periférico, dos procesos se siguen combinando: el de la refundación de la nación (en el marco de una lucha antiimperialista) y el de la lucha contra la opresión de clase; dos principios han ratificado su carácter indisoluble, es decir, no correlativos sino simultáneos: el principio descolonizador y el democratizador. Esto plantea una simultaneidad inherente a toda lucha popular genuina. Las luchas por construir poder popular nos enfrentan a las clases y elites dominantes locales y al imperialismo. O sea que, en Nuestra América, no solo es posible, sino que es necesario un nacionalismo (y una subjetividad antiimperialista) que se articule con el componente anticapitalista e igualitario ¿Acaso existe en Nuestra América algo más antinacional que su capitalismo? En Nuestra América no solo es posible, sino que es necesario un nacionalismo que no aspire a un régimen de burguesía estatal, o estatal a secas, sino que propicie un régimen basado en el poder popular (condición de un gobierno popular) que cree contextos aptos para el florecimiento de las organizaciones populares y su articulación. En fin, un nacionalismo que sea un elemento estructurador de identidades positivas y radicales.

Para avanzar hacia una profunda transformación social, las manifestaciones de poder constituyente popular, las formas organizativas y las subjetividades emancipatorias, no pueden ni deben asumir como campo de expresión a los universos hueros, a los sujetos indiferen-

ciados y ambiguos. Por el contrario, imperiosamente necesitan expresarse en un nuevo bloque histórico; es decir necesitan encarnarse en unas clases subalternas y oprimidas comprometidas con un proyecto de revolución nacional orientada a extinguir el imperialismo, el orden del capital y el Estado burgués. Las formulaciones anti-nacionales que reivindicaban esos universos hueros y esos sujetos indiferenciados y ambiguos, por lo general, terminan aceptando el proyecto nacional de las clases dominantes. En los últimos tiempos, el hábito de volar con el marxismo autonomista italiano (*operaismo*) y de caminar con el kirchnerismo, se ha convertido en algo frecuente y para nada insólito.

Partimos entonces de la centralidad del aporte de las clases subalternas a la hora de definir y construir la nación, confiamos en su capacidad de autodeterminación y en sus posibilidades de devenir “clase nacional” o “universal concreto”. Reivindicamos una idea de la nación-popular y democrática, hacia atrás y hacia delante y un horizonte latinoamericano. Y si bien consideramos que esta idea funda una concepción abierta y plural de la identidad nacional, no exenta de contradicciones e intereses heterogéneos, la misma no deja de ser excluyente, ya que, de otra manera, sería una utopía hueca.

Porque nuestra idea de nación no coincide con la de las clases dominantes (considerando al conjunto de sus facciones), sino que es antagónica respecto de ella. Nosotros pensamos la unificación alrededor de conceptos diametralmente opuestos: igualdad sustantiva, poder popular, etcétera. Nosotros pensamos la unificación desde otros procedimientos y metodologías: en torno a transacciones entre subalternos que excluyen a los dominadores y explotadores. No se trata de homogeneizar lo asimétrico. Los “frentes nacionales” nos parecen inviables. Ocupamos polos antagónicos en el pasado y no deseamos

el mismo futuro. Si, como afirmaba Benedict Anderson, las naciones son “comunidades imaginadas”, la nuestra, de seguro, es muy diferente a la que han imaginado e impuesto las clases dominantes. Porque las clases dominantes locales (integradas al capital transnacional) difícilmente puedan desarrollar un interés nacional concreto que se contradiga con sus negocios, sus privilegios, más allá de su eficacia para sostenerlo como ilusión y garantizar su reproducción.

Los momentos constitutivos de la nación pueden ser pensados a partir de los niveles de autoorganización de las clases subalternas frente al Estado, lo que significa que los momentos de la organización social como nación están relacionados con momentos de rebeldía popular y con la insurgencia de masas.

Está claro que existe un sistema mundial capitalista que no puede ser transformado mediante la “conquista” del poder por parte de movimientos antisistémicos en Estados nacionales separados. Y que, en el marco de ese sistema, los Estados nacionales, aunque respondan a las presiones populares internas, poseen un espacio de poder estructuralmente acotado. ¿Pero cuál es el emplazamiento sociopolítico más adecuado para librar la lucha contra el sistema mundial capitalista? El reconocimiento del sistema capitalista mundial como unidad de análisis que entraña una totalidad cuyas partes están en relación de interdependencia y subordinación y no de yuxtaposición, aunque acertado, puede conducir a la abstracción política y la pasividad. Este no ha sido ni es un problema fácil de resolver para los movimientos sociales y políticos antisistémicos. No existen recetas al respecto, pero creemos que una alternativa de transición viable no puede dejar de reconocer la necesaria articulación entre lo local y lo mundial, con el fin de crear un nuevo sistema mundial. Esta praxis articuladora indefectiblemente

estará inmersa en un proceso de carácter asincrónico y no lineal. Lo local puede manifestarse en múltiples planos. Uno de esos planos se corresponde con lo nacional. Más específicamente: lo nacional-periférico. Entonces, la dimensión nacional juega un papel fundamental como emplazamiento para una lucha contra el sistema mundial capitalista.

A partir de una “desconexión” que no implica fugarse del sistema mundial, pero sí redefinir las pautas económicas, sociales, políticas y culturales de cada Estado-nación gracias a unas relaciones de fuerza internas favorables a las clases subalternas y oprimidas, la nación puede ser punto de partida de la transición, una retaguardia, una base de operaciones o un ejemplo radiante. La nación —una nación concreta— puede ser la plataforma para un frente de naciones que opere en el nivel regional, un frente que además puede poner límites a la subordinación que impulsa el sistema mundial. Su efectividad dependerá en buena medida de que se reconozcan sus limitaciones hasta tanto no se cree un sistema mundial alternativo.

Realidades y símbolos del Bicentenario argentino

En vida, a los grandes revolucionarios las clases opresoras los hacen víctimas de constantes persecuciones; combaten sus doctrinas con la perfidia más salvaje, con el odio más furioso, con la más desenfrenada campaña de mentiras y calumnias. Después de muertos, se intenta convertirlos en santos inofensivos, en canonizarlos, en rodear sus nombres de una aureola celestial, con el objeto de 'consolar' y engañar a las clases oprimidas, de castigar el contenido revolucionario de su doctrina, de mellar su filo, de bastardearla.

V. I. Lenin

I

En 1910 el Estado Nacional argentino y la clase dominante, cuyo núcleo más dinámico estaba constituido por la burguesía agraria terrateniente de la región pampeana,¹ propusieron un balance histórico optimista, al tiempo que

¹ Partiendo de aportes como los de Milcíades Peña y Jorge A. Sábato, entre otros, le asignamos un carácter multisectorial a la clase dominante argentina del período.

fijaban una idea y una matriz de nación excluyente, militarista, chauvinista, racista, etnocéntrica, occidental, machista, liberal-conservadora y agro-pastoril. Eran estas una idea y una matriz que negaban la diversidad socio-cultural y que partían de una concepción dualista y segregadora —civilización o barbarie— que caló hondo en la cultura argentina.

No debemos olvidar que el Centenario se celebró bajo estado de sitio: signo de la exclusión estatal-nacional de todo un conjunto de referencias simbólicas y prácticas plebeyas. Regían la Ley de Residencia (1902) —que habilitaba la deportación de los inmigrantes con actividad gremial y política—, y la Ley de Defensa Social (1910) que profundizó los mecanismos de deportación, al tiempo que instituía figuras y sanciones que “criminalizaban” los conflictos sociales, las luchas populares y hasta las mismísimas ideas contrarias al orden establecido. La Ley de Defensa Social también estableció la pena de muerte.

Fue la época de la “pedagogía de las estatuas” de la que hablaba Ricardo Rojas; una celebración del bronce, pero de un bronce plagado de mensajes abiertamente legitimadores y de símbolos que hablaban con transparencia de la religión vital profesada por las clases dominantes y el Estado. Es decir: los patrones simbólicos nacionales eran abiertamente excluyentes, en buena medida por la preeminencia de lo estatal en esa concepción de la nación.

Esa idea estatal (y reaccionaria) de la nación tendió a considerar la condición subalterna bajo el signo de alguna extranjería, y estableció un recorte que colocaba afuera al otro cultural, concibiéndolo como “agente externo”. La nación argentina se conformó como contraideología estatal frente a las clases subalternas y oprimidas. Esa misma idea se reactualizó en las décadas de 1950, 1960 y 1970, a partir de la influencia de la Doctrina de la

Seguridad Nacional, y cada tanto recobra vigor. Por cierto, el recrudecimiento del racismo y la xenofobia a partir de las tomas de tierras en los barrios del sur de la ciudad de Buenos Aires, a fines del año del Bicentenario, son un ejemplo de que esta ideología envilecedora sigue obrando como medio de dominación (por vía de la extravisión) y que forma parte de una cosmovisión muy arraigada en las franjas más embotelladas y egoístas de las clases medias argentinas.

Ese balance de 1910, que sacaba conclusiones de acontecimientos y procesos que partían de 1852, pero también de mucho antes, logró proyectarse a los años posteriores y algunos de sus efectos son aún operantes. De otra manera sería inexplicable que Marcos Aguinis cuente con un público ávido de sus producciones político-literarias, insoportables antologías de los lugares comunes y de los fetiches del liberalismo argentino: derecho de propiedad, mercado autorregulado, utopía librecambista, competencia, libertad de prensa (concebida como libertad de empresa), inversiones extranjeras, desarrollo, progreso, civilización, orden, cultura de elites, república, *La Nación*, etcétera. Fetiches cuya operatividad se basa en el hecho de ser asimilables a las identidades culturales conformadas a partir de insumos tales como la frivolidad y el prejuicio y la mofa hacia la ideología.

Sin atender al balance del Centenario y a sus proyecciones, sin atender a las repeticiones infatigables de una banalidad homogénea, tampoco podríamos explicarnos las palabras del presidente de la Sociedad Rural Argentina, Hugo Biolcatti, quien, precisamente en 2010 y flanqueado por políticos de derecha como Eduardo Duhalde, Mauricio Macri y Francisco de Narváez, proponía abiertamente el retorno al modelo de acumulación del período 1880-1930, al Estado represivo y al régimen político excluyente del período 1880-1912.

En 2010, aunque desde el gobierno nacional y desde algunos sectores del Estado se haya apelado a los sentimientos nacionales de las clases subalternas y oprimidas y se haya propuesto una idea de nación más inclusiva —que tuvo su correlato en unos festejos del Bicentenario relativamente descentralizados, en la apelación a una simbología y unas representaciones que excedían con creces los horizontes del populismo más ramplón—, no se puso en discusión una idea no burguesa de lo nacional, o sea: no se planteó la posibilidad de una sociedad horizontal, de una nación democrática y popular incompatible con el capitalismo, con la sociedad estructurada jerárquicamente y con la nación burguesa.

Si bien no se la celebró abiertamente, no se cuestionó la epopeya de la iniciativa privada y el individualismo realizador como motor del nacimiento y el desarrollo de la nación, uno de los pilares de la ideología de 1910. Al nivel del modelo de acumulación, existe un dato incontestable: las similitudes entre modelos basados en la “especialización en actividades asociadas al aprovechamiento de las ventajas comparativas derivadas de la dotación de recursos naturales” (Aspiazu/Schorr, 2010: 246), un tipo de especialización que no se caracteriza precisamente por su dinamismo a nivel de la economía mundial. Podemos decir entonces que, más allá de la retórica, ni siquiera se puso en juego una idea de nación burguesa “manufacturera”, “integrada”, “soberana”, etcétera. Mucho menos una idea de nación basada en estrategias de desarrollo endógeno y de base comunitaria y en formas de soberanía popular directa.

Además —aunque suene a aguafiestas, a refutación de leyendas o a simple entercamiento— la “participación popular” estuvo signada en buena medida por identidades de espectadores y consumidores, por lo tanto puede afirmarse que la misma ni siquiera transparentó inequí-

vocamente un recurso gubernamental y sistemático a la movilización controlada. Más allá de los contenidos de las simbologías y las representaciones, la elite política ligada al gobierno y sus intelectuales más conspicuos siguen concibiendo a las clases subalternas como meros receptores de políticas culturales, es decir, como una masa inerte, pasiva y maleable.

En algún sentido (del orden de lo no aparente), se perpetúa una situación de impotencia y apatía populares. Es innegable que continúan operando los procesos de electoralización y clientelización de las clases subalternas, sucedáneos de las formas de explotación más directas y que afectan la conformación de espacios de intersubjetivación política popular, es decir: lo medular de la política de los 90, pero con otro discurso y con otra estética más piadosa. Pero sucede que la piedad del que domina nunca puede ser redentora y liberadora.

Tanto en los festejos del Bicentenario como en las exequias del ex presidente Néstor Kirchner, dos presencias fueron muy notorias: por un lado la de la militancia estatal vinculada a las organizaciones progubernamentales (sindicatos, principalmente, pero también organizaciones políticas y sociales), por el otro la de unas clases medias progresistas semiideologizadas, no encuadradas.

La primera sigue concibiendo al Estado como el lugar de excepción de la política y como la instancia privilegiada a la hora de determinar lo que es y no es creación cultural. Parte de la idea de que los cambios provienen desde arriba; sus concepciones son tan superestructurales como las que prevalecieron en las décadas del 80 y el 90. Su militancia es de “baja intensidad” y tiene poco que ver con el compromiso cotidiano con los procesos de autoemancipación y con la creación de instancias de poder popular y democracia sustantiva. Están asociados más por la conveniencia individual que por la magia derivada del

hecho de compartir un proyecto colectivo. ¿Con cuántos militantes activos no rentados cuenta el kirchnerismo?

Por su parte, las clases medias progresistas semiideologizadas también siguen entendiendo la política en la clave peculiar de la década del 90; es decir, en términos caracterizados por una elipsis del cuerpo, signados por lógicas superestructurales. Su deseo de participación es genuino y valioso, también contiene “núcleos de buen sentido” o “factores de verdad”, pero por ahora es muy limitado y reacio a toda forma de integración comunitaria que contrarreste su dispersión y su hibridez prescindente; además, creemos que no deja de combinarse con el Yo circunferido, el individualismo posesivo, el consumismo y la representación política.

En ambos casos estamos muy lejos de una organicidad preparada para combates significativos, para luchas que modifiquen la correlación de fuerzas sociales. Nosotros consideramos que la política como práctica “estatal” en manos de “profesionales” atenta contra el progreso, el bienestar, la participación y la libertad del pueblo. Por otra parte, anula la elaboración política espontánea y permanente. Pero no hay que olvidar que las limitaciones que estos sectores presentan en la actualidad no inhiben sus aptitudes para ser hegemonizables —por lo menos, una franja importante de ellos— por un proyecto popular radical.

De este modo, unas realidades materiales, sociales y políticas que en aspectos sustanciales desmienten el abandono de una matriz favorable a los grupos económicos más poderosos, o que desmerecen la puesta en marcha de una estrategia capaz de inculcarle equidad a la economía, conviven con una simbología y unas representaciones que, en parte, remiten a lo antiimperialista y hasta a lo anticapitalista. Partiendo de algunos planteos de Héctor Díaz Polanco, y retomando lo aseve-

rado en páginas anteriores respecto del multiculturalismo como visión del mundo del capitalismo global, podemos constatar ciertos usos del multiculturalismo que favorecen el desarrollo de un proceso contradictorio de politización de la cultura y de despolitización de la economía (cf. Díaz Polanco, 2005). Esto ha sido en parte posible porque, en forma paralela a la crisis del campo popular, se ha ido deteriorando la validez de la causalidad. Es decir: se desmoronó toda pretensión de verdad de las ideas fundada en sus condiciones causales.

II

Sin entrar a discutir las motivaciones de fondo, es innegable que la experiencia kirchnerista ha abierto algunas brechas. Por ejemplo, ha realizado un aporte importante al diseño de una política menos alienada, menos abstracta y más autónoma al proponer un Estado menos separado de la sociedad civil; un Estado que ya no abjura de algunas de sus funciones soberanas y no acota permanentemente, como en los años 80 y 90, el espacio de la política. Con el kirchnerismo las desigualdades sociales sancionadas por el mercado han dejado de tener un correlato exacto en la política. Por primera vez en mucho tiempo la democracia es visualizada, sobre todo por sectores de la sociedad civil popular, como un sistema de corrección de las desigualdades (lo que no significa que se las esté corrigiendo sustantivamente). El régimen político ya no es visto exclusivamente como la encarnación de la opresión general, como un obstáculo que le impide a la sociedad coincidir con ella misma (lo que no significa que se esté contribuyendo decididamente a tal objetivo).

Es indiscutible que el kirchnerismo ha abandonado ciertos dogmas y prácticas neoliberales, ha contradicho el sistema de creencias de la hegemonía neoliberal, ha

favorecido una ruptura parcial con la Teoría de los Dos Demonios, y, sobre todo, ha reinstalado un conjunto de prácticas políticas que van más allá de los intereses inmediatos de las clases dominantes, rasgo característico de todo Estado burgués pero tan desusado en nuestro país en las últimas décadas que aportó una elevada cuota de confusión en sectores de la militancia popular. Ahora bien, no por esto el kirchnerismo deja de ser una experiencia que se inserta en la vieja estructura para no modificarla en sus aspectos esenciales. Si abandonó ciertos dogmas y prácticas neoliberales, mantuvo otros y otras. Si contradijo el sistema de creencias de la hegemonía neoliberal, avanzó mucho más en el terreno discursivo que en el de las realidades crudas. Y cuando los avances fueron concretos, fueron acotados cuantitativa y cualitativamente.

Partiendo del piso extremadamente bajo que dejó el neoliberalismo desnacionalizador y despolitizador, el kirchnerismo no ha conspirado abiertamente contra el proceso de politización social que tuvo en diciembre de 2001 su momento más radiante, al tiempo que lo ha delimitado con precisión, inhibiendo la participación creadora y autónoma de los trabajadores y el conjunto de las clases subalternas. Es decir: el kirchnerismo se aprovechó de ese proceso de politización social y lo amplió, pero en un sentido mediado, controlado, adaptado a requerimientos más limitados y “evolucionarios”. La ideología neopopulista remozada, con sus maneras vagas de anunciar, con su predilección por las imprecisiones, es plenamente funcional a esta estrategia de politización social limitada y participación tutelada ya que contribuye a delinear un enemigo antinacional y antipopular (que es, en efecto, enemigo, antinacional y antipopular) sin dejar de ser compatible con otros sectores de las clases dominantes, con la burocracia sindical, etcétera.

El kirchnerismo ha favorecido un proceso de reconstrucción simbólica de la política, que generó confianza en las instituciones y en su capacidad para absorber y resolver los conflictos. El kirchnerismo propuso un contenido óptico inesperado cuando la sociedad preconizaba la dimensión ontológica, instituyó la idea del retorno a un capitalismo nacional, a un Estado soberano, redistributivo y radioso. Esta es la mentira metafísica en la que se basan la palabra y la pose oficial y la que les genera tiempo y consenso. En realidad, se ha refundado la ilusión populista sostenida en la confianza en que el gobierno buscará consolidar su capacidad de canalizar los antagonismos sociales, recomponer el principio nacional-estatal y organizar desde arriba la sociedad.

El kirchnerismo enarbola banderas progresistas, y hasta toma medidas del mismo signo —es decir, democráticas—, pero sin reformular el modelo de acumulación y el sistema de dominación que comenzó a consolidarse a partir de la dictadura de 1976. Sus intervenciones no apuntan a modificar radicalmente la estructura social, la estructura de poder, el sujeto. Lo cierto es que, hasta ahora, más allá de algunas situaciones tensas, no se han producido quiebres sustanciales en los vínculos entre el poder económico y el poder estatal. Más allá de algunos gestos, el gobierno no se ha convertido en vaso comunicante de las demandas sociales; no ha dado pasos importantes en pos del manejo estatal de los servicios públicos y los recursos estratégicos; las estructuras del clientelismo político no han desaparecido para dar paso a la asociación autónoma, y el sistema político no ha avanzado en acciones que propicien la fortaleza de los actores sociales populares y “de base”. Su cruzada contra la desigualdad social no tiene muchas posibilidades de profundizarse, dado que se considera que la misma no está relacionada con el sistema de

producción capitalista sino con la “redistribución del ingreso” (como si la trilogía producción-distribución-consumo fuera fácilmente escindible). Sus lógicas no pueden tolerar que las clases subalternas sean las protagonistas del proceso redistributivo. El pueblo es concebido como objeto pasivo de las políticas redistributivas. Como sostiene Lebowitz:

sin producción para las necesidades sociales no hay propiedad social auténtica; sin propiedad social no hay toma de decisiones por parte de los trabajadores orientadas a las necesidades de la sociedad; sin toma de decisiones por parte de los trabajadores no hay transformación de las personas y de sus necesidades (Lebowitz, 2010: 12-13).

Una reestructuración capitalista que no desestima en lo esencial la herencia aciaga de la valorización financiera y el ajuste estructural,² con todas las fichas puestas en el tipo de cambio, las *commodities* y el superávit fiscal; una realidad económica caracterizada por el predominio de sectores vinculados a actividades con carácter exógeno, dependiente de los mercados internacionales (mercados diversificados y en expansión, como nunca antes en la historia argentina), con poderosos grupos transnacionales que ejercen un férreo control sobre la producción nacional y que tienden a ampliarse financiando sus inversiones con el aumento de los precios internos, cohabita con una retórica

² Según Daniel Aspiazu y Martín Schorr, esa herencia consiste en: “a) una estructura fabril desarticulada y trunca, muy orientada hacia las primeras etapas de la transformación manufacturera y con marcadas heterogeneidades estructurales y desacoples en los niveles intra e interindustriales, y b) una fuerte redistribución de ingresos en detrimento de los trabajadores y a favor de las fracciones más concentradas y transnacionalizadas del capital” (Aspiazu/Schorr, 2010: 287).

industrialista, productivista y mercado-internista. El control cada vez mayor de unas pocas grandes empresas de capital extranjero integradas en forma compleja (y productivamente desarticuladas del mercado interno) y la consiguiente pérdida de la capacidad nacional para dirigir su política económica y los flujos comerciales y financieros (que ocurren en el contexto de la empresa transnacional), conviven con la exaltación oficial de la autarquía y el intervencionismo estatal. Una colosal recomposición de las ganancias empresariales, la precarización laboral en todas sus formas, la profundización de la fragmentación de la clase trabajadora, los bajos salarios y la superexplotación transitan en paralelo a las invocaciones oficiales de la justicia social y la igualdad.

Con las garantías que ofrece un contexto histórico altamente favorable, el kirchnerismo ha contribuido a conformar una conciencia subjetiva (en particular en ámbitos de la militancia popular) que, o bien no percibe las contradicciones más rotundas (incluso las contradicciones de tipo estructural), negando, claro está, una dimensión de la realidad; o bien estiliza conciliadoramente la realidad. Aunque pueda sonar paradójico, esta estilización conciliadora se nutre de la confrontación con algunas franjas de la sociedad civil burguesa y con la politización (parcial) de la sociedad civil popular, por eso es eficaz. El kirchnerismo se ha caracterizado por recuperar la subjetividad de las ausencias pero no por restaurar materialidades, o por restaurarlas en dosis homeopáticas, alimentando así un conjunto de fetichismos y cárceles mitológicas. Muchas consignas democráticas terminan vaciadas de contenido y se arrebatan banderas al movimiento popular, para marchar con ellas un corto trecho y detenerse, dar marcha atrás o tomar el primer desvío.

III

Los festejos del Bicentenario argentino transparentaron una estrategia que tiende a la incorporación de las clases subalternas desde lo simbólico, al tiempo que promueve su suplantación por la vía de la representación, la incorporación subordinada (por ejemplo: el caso de los trabajadores desocupados reconvertidos en “piqueteros de oficina pública”) o su exclusión lisa y llana en otros planos: materiales, sociales y políticos, más específicamente en lo que hace a la cuestión del poder. Lo que vemos es una simulación de incorporación, una política que promueve las teatralizaciones de hechos y tradiciones anti-coloniales, populares, y hasta socialistas, al tiempo que evita que las mismas se conviertan en una fuerza política autónoma y en un conjunto de praxis consecuentes.

Se nos hace difícil dejar de considerar la posibilidad de que el contenido disruptivo de la simbología admitida por el gobierno no termine siendo conjurado por el contexto, contradicho por las prácticas e intervenciones que no lo vivifican; que las imágenes de Tupac Amaru II, José de San Martín, José Gervasio Artigas, Simón Bolívar, Emiliano Zapata, Eva Perón, Ernesto Che Guevara, Salvador Allende, etcétera, trivializadas y depotenciadas, devengan superfluas y decorativas, solo atingentes a los contornos privados, e inocuas desde el punto de vista social, es decir: que degeneren en folclore, en relictos extravagantes.

Ese panteón de referentes simbólicos, rescatado desde la conciliación de clases o desde la negativa a perjudicar los intereses de los grupos más concentrados y poderosos que actúan en el país, propuesto desde una estrategia que reconduce la potencia de las clases subalternas hacia el reforzamiento de las instituciones caducas, con clases populares alejadas de toda responsabilidad de poder político, corre el riesgo de la mistificación, de la religión-opio, de la anulación de los idearios más sublimes.

Ese panteón, expropiado de toda trascendencia práctica, exorcizada su energía subversiva, no sirve para actualizar, se limita a conmemorar; por lo tanto, sus aptitudes para conjurar el olvido son escasas. Este es un destino complicado de eludir, si tomamos en cuenta que son sectores de la burguesía y la pequeña burguesía los que les atribuyen (a ese panteón, a esa simbología) su propia lengua, su propia moral, su propio horizonte. Así, esa simbología no solo está muy lejos de ser expresión de la creatividad popular y del desdoblamiento de las luchas de los oprimidos, sino que se transforma en instrumento de legitimación de los poderes opresores.

Cabe tener presente el caso del PRI (Partido Revolucionario Institucional) mexicano, que supo acompañar sus políticas reaccionarias con iconografías y narrativas radicales, que, vale la pena recordarlo, por sí mismas nunca son capaces de rebelarse. De modo similar, Iraida Vargas-Arenas nos recuerda que el “puntofijismo”, en Venezuela, supo manipular identificaciones populares para asimilarlas a las pautas tradicionales, y de este modo se apropió “de los elementos simbólicos populares para lograr una aceptación sin reticencias de sus líderes políticos y convencer a las clases populares de que sus presidentes eran como ellos y ellas” (Vargas-Arena, 2007: 141). El decurso del siglo XX, en Nuestra América, está plagado de situaciones de uso descontextualizado de identificaciones populares con el fin de encubrir contradicciones de clase y las políticas de sometimiento al imperialismo y el poder transnacional. En los términos desplegados por Karl Marx y Friedrich Engels en *La Sagrada Familia*, las “ideas”, no pueden ejecutar nada; sin hombres y mujeres dispuestos a poner en acción una fuerza práctica, las ideas siempre quedaron en ridículo cuando aparecieron divorciadas de los intereses concretos (cf. Marx/Engels, 1975).

Por otra parte, no hay que olvidar que décadas de neoliberalismo nos legaron un desierto cultural, más allá de los oasis reparadores que contrarrestaron la disgregación. Parafraseando al director de cine italiano Bernardo Bertolucci: en un desierto todo se convierte en espejismo y el deseo se confunde con la realidad. En fin, creemos que existen condiciones para que esa simbología parcialmente revolucionaria puesta en circulación en el Bicentenario argentino sea tolerada (aunque a algunos les moleste) como preciosidad literaria o floclórica para anular sus posibilidades de devenir fundamento de la nacionalidad argentina. En este aspecto, posiblemente tres itinerarios confluyan en una misma encrucijada: a) las activaciones maquiavélicas que deliberadamente trabajan para diluir el potencial subversivo de esa simbología; b) la confianza en los efectos favorables para la gobernabilidad, post crisis de 2001, de una articulación entre esa simbología (y todo el bagaje setentista y neorevisionista) y la recomposición capitalista; y c) las limitaciones político-ideológicas de aquellos sectores con visiones y aspiraciones nacional-populares que no procuran diluir el potencial subversivo de esa simbología (ni garantizar la gobernabilidad o la recomposición capitalista), pero cuya praxis concreta no contrarresta la asimilabilidad de la misma al poder y al sistema de dominación.

Notamos una profunda escisión, una negación de las “afinidades electivas” de esa simbología. O, si se prefiere, dado que a los símbolos el significado no les viene de su propio contenido óntico, podemos hablar de la producción “oficial” de nuevos actos de fundación, de nuevas imposiciones y consagraciones que les otorgan nuevos significados a una figura o un hecho históricos.³ Por lo

³ Hans-Georg Gadamer decía que los símbolos “no reciben el sentido de su función desde su propio contenido” y proponía el concepto de

tanto, el relato histórico oficial, más allá de lo cercano y apreciado que nos pueda resultar, no da cuenta —como decía Walter Benjamin— de la histórica preparación de la miseria que embarga a las clases subalternas, y por lo tanto no proporciona armas al pueblo para cambiar la situación actual. La homogeneidad a la que apela la simbología patriótica oficial está exhausta y extrapolada. Al mismo tiempo, la difusión de esa simbología, también puede (y debe) considerarse como expresión de la diferencia entre poder del Estado y poder de clase y de complejidad de las mediaciones entre el Estado y las clases sociales, o entre la “superestructura” y la “base”; aunque, tal vez, en este caso haya más coincidencia y linealidad de lo que muchos creen.

Las memorias del nacionalismo revolucionario y del socialismo revolucionario solo pueden recuperarse desde una práctica y una perspectiva anticapitalistas y desde una narrativa homóloga al mundo, al continente y al país de 2010 y no homóloga a las décadas del 60 y el 70. Lo que significa, entre otras cosas, que la nación y el antiimperialismo y el socialismo, para nosotros, son impensables sin formas de autogobierno, sin el desarrollo de poder popular; en fin, son inconcebibles sin el desarrollo de una democracia que abjure de toda ilusión burguesa, son inviables sin la socialización de las funciones estatales. Indudablemente, el universo teórico y práctico del poder popular refiere a una cultura política diferente (y superadora) del nacionalismo populista y la izquierda tradicional.

No nos parece estar asistiendo a un proceso de cambios sociales significativos, a una “reforma moral e inte-

“fundación” para hacer referencia al inevitable proceso de adopción de una función simbólica. Agregaba que el símbolo “sustituye en cuanto que representa” y que “cuando el símbolo está ahí, lo simbolizado no está en un grado superior” (Gadamer, 2007: 205-206).

lectual” o a un despliegue de una “guerra de posiciones”, como han sostenido los más exaltados y los que ponen a prueba la elasticidad de los conceptos gramscianos. No creemos, como han sostenido los más ingenuos, que las representaciones desplegadas en los festejos del Bicentenario argentino puedan ser consideradas como expresión de una “revolución externa” que precede intervenciones radicales en otros campos.

Es innegable que la difusión oficial contribuyó a masificar un imaginario histórico que presenta elementos imprescindibles de cara a un proyecto popular, radicalmente transformador y que además supo interpelar el idealismo democrático de ciertos sectores de la sociedad argentina. Ahora bien, que esos elementos dejen de ser cotillón, puro pasado o componentes de una ideología que resiste, y se integren a una concepción del mundo protohegemónica, sostén de un proyecto popular genuino y de largo alcance, depende de las fuerzas populares, no del gobierno. Los mejores componentes de ese imaginario podrán ganar nuevos contenidos si se convierten en instrumentos de lucha, si son “vivididos” con parámetros diferentes a los oficiales.

Por otra parte, debemos tener presente que cuando la nación, al igual que los derechos humanos, la democracia, el pluralismo étnico-cultural, la cuestión ecológica, de género, etcétera, se conciben como “narrativas de reemplazo”, escindidas de toda perspectiva anticapitalista, pueden funcionar como los mecanismos más efectivos para la dominación. Ahora bien, la perspectiva anticapitalista, si pretende ser algo más que un enunciado y una expresión de deseo, no debería conducir a la neutralidad o a la mera negatividad que por lo general encubren la actitud soberbia y descalificadora hacia aquellos sectores del campo popular que obtienen una conquista modesta y que experimentan o creen experi-

mentar un avance. La situación es sumamente compleja y creemos que solo se puede resolver en la práctica. ¿Cómo colocarse por encima, y no al margen, de la disputa entre el neopopulismo y la versión cruda y dura de neoliberalismo? ¿Cómo evitar ser funcionales a una restauración de la segunda opción sin contribuir a consolidar la primera?

Para las y los que militan en pos de un cambio radical, para las y los que asumen las proyecciones socialistas de sus prácticas y sus construcciones siempre es más difícil contradecir una política que, sin salirse de los límites del sistema, lo ensancha, incorporando parcialmente las reivindicaciones y los imaginarios populares. Esta situación obliga a elevar el nivel del debate, porque lo que se instala es la posibilidad de ascender un escalón más en las luchas populares. El problema es que, muchas veces, “no hay con qué” dar el debate, no hay metas claras, no hay confianza y domina una predisposición conservadora. Entonces, termina arrasando la flexibilidad de la democracia capitalista, que a lo largo de un siglo ha probado —¡e incrementado!— sus competencias para asimilar, contener y debilitar la presión de los de abajo. Claro, el neoliberalismo en sus versiones más crudas y duras, hizo y hace todo más espontáneo, en particular la resistencia.

Sobre el neorrevisionismo

*Solo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si este vence.
Y ese enemigo no ha cesado de vencer.*

Walter Benjamin

I

Como corriente político-ideológica el nacionalismo que se reconoció como “popular” nació en la década de 1930, delimitándose del nacionalismo de derecha y reaccionario, ya sea “republicano”, “filofascista”, “católico”, o simplemente “oligárquico”. Como parte de su proceso de configuración supo inventarse unos antecedentes y unos precursores idóneos, asumiendo al radicalismo yrigoyenista como momento precursor, aunque también reconoció precedentes aún más lejanos y diversos.

El caso más representativo fue el la Fuerza de Orientación Radical de la Joven la Argentina (FORJA), organización político-cultural formada en 1935 por los

radicales disidentes de la conducción liberal-conservadora de la Unión Cívica Radical (UCR), en la que se destacaban, entre otros intelectuales, Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, aunque en realidad este último asumió un compromiso menos orgánico. FORJA, además de denunciar la condición semicolonial de la Argentina y el interés de sus clases dominantes en perpetuar la dependencia, creó el terreno para una lectura del peronismo en clave yrigoyenista y antiimperialista (y viceversa).

Más tarde, con el primer peronismo (1945-1955), los anhelos de este nacionalismo “popular” se masificaron y se concretaron en la práctica, por lo menos parcialmente. Pero el peronismo en el gobierno no asumió oficialmente el revisionismo histórico como visión del pasado nacional. Arturo Jauretche se lamentaba del desacople entre nacionalismo “popular” y revisionismo histórico. Decía al respecto: “Ni Yrigoyen, ni Perón afrontaron la revisión histórica con la decisión que demandaba la integración espiritual de los dos movimientos nacionales...” (Jauretche, 1982: 10).

Recién a partir del golpe gorila de 1955 y de la Revolución Libertadora (fusiladora) que reivindicaba la línea histórica Mayo-Caseros y que veía en el peronismo una reedición de la barbarie, este nacionalismo comenzará a delinear su correlato historiográfico: un revisionismo histórico “popular”, distinto del revisionismo de derecha que venía desarrollándose desde la década del 30 como correlato del nacionalismo del mismo signo. Es en el marco de este revisionismo properonista que se fueron articulando las corrientes revisionistas “democráticas”, “populares” o “de izquierda”. Porque el revisionismo, como corriente historiográfica, sufrirá un proceso análogo al del peronismo, es decir, también se le puede corroborar un “giro a la izquierda”.

De modo similar, más recientemente, el proyecto neopopulista ha encontrado correspondencias historiográficas en los formatos que denominamos neorrevisionistas.

Convengamos que las orientaciones neorrevisionistas pusieron el guión a la celebración del Bicentenario argentino, tal como, en general, vienen haciéndolo con las ilusiones neopopulistas. Las limitaciones de la propuesta oficial, en parte, se pueden derivar del nosotros epistemológico anacrónico de la historiografía revisionista (en sus versiones filopopulistas o de “izquierda nacional”), de sus dificultades para superar la crítica “ética” del imperialismo, de su recorte burgués-populista de la nación, de su modo de ver la realidad a través de esquemas binarios desfasados y de dicotomías simplificadoras que ocultan realidades complejas, de su adhesión a los símbolos y rituales no resignificados en función de las nuevas realidades; en fin: de su incapacidad para posicionarse críticamente ante los conflictos actuales, de su incompetencia para totalizar, porque carga con subjetividades necias o frívolas frente a algunas realidades presentes y pasadas.

Las imágenes que el neorrevisionismo y el neopopulismo proponen de las clases y elites dominantes son estáticas y carecen de todo realismo. Un problema que dichas corrientes arrastran desde los años 60 y 70, pero que en las actuales circunstancias se manifiesta en forma grosera, dado que han perdido la fuerza y la capacidad de resistencia y de fantasía de otrora.

El neorrevisionismo, plenamente funcional a la hegemonía cultural burguesa, engarzado perfectamente con el neopopulismo, adquiere prácticamente características de relato historiográfico oficial y políticamente correcto, entre otras cosas, porque rescata una memoria histórica autocomplaciente, seductora, épica, que está siempre a favor de lo “popular”, al tiempo que omite la memoria

histórica (y la actualidad) de la subordinación y de adaptación a la dominación.

En este sentido, creemos que esas orientaciones neo-revisionistas encontraron un marco favorable a partir del conflicto con las corporaciones rurales de 2008. En ese contexto, las orientaciones neorrevisionistas y la idea misma de la recuperación de un peronismo “auténtico” y “verdadero”, “nacional-popular”, fueron reactivadas por una ola de “gorilismo” casi extemporánea y por la movilización de importantes franjas de las capas medias urbanas y rurales que, en la mayoría de los casos, exponían cosmovisiones de una impiedad escalofriante.

Las clásicas representaciones del revisionismo, sus claves dicotómicas: pueblo /oligarquía (y “clases medias antinacionales”), industria/agricultura, burguesía nacional/oligarquía antinacional, mercado interno/mercado externo, nacionalismo/liberalismo, identidad/imitación, creación/reproducción, puro/contaminado, auténtico/inauténtico, etcétera, se reinstalaron con fuerza gracias a la apariencia de claridad que todo maniqueísmo suele imponer al homogeneizar particularidades y al prescindir de las contradicciones categóricas. Así, las clases subalternas y oprimidas volvían a ser integradas en la trama: pueblo-industria-burguesía nacional-mercado interno-nacionalismo-identidad-creación-puro-auténtico.

II

Pero ¿cuál es la compleja realidad que ocultan tales representaciones y tales claves dicotómicas? En líneas generales, podemos destacar:

- 1) La diversidad de la clase dominante y sus elevados grados de integración. La relativa unidad de intereses dentro de la clase dominante, la ausencia de antagonismos estructurales (entre el sec-

tor rural y el industrial, entre el productivo y el financiero, entre el nacional y el transnacional, etcétera).

- 2) La inexistencia de una burguesía nacional industrialista pujante, poderosa, y las dificultades del gobierno a la hora de “fundarla”. También debemos considerar las restricciones estructurales de las elites políticas para convertirse en “portadoras” de la función social de esa burguesía. Por cierto, hoy es mucho más difícil que en los años 60 y 70 sostener la figura, cada vez más ideológica, de una burguesía nacionalista. Lo que se ha denominado “capitalismo de amigos” puede verse como expresión de los intentos para materializar esa figura.
- 3) La vulnerabilidad económica de la Argentina, reflejada en la concentración, la extranjerización y la profundización de su dependencia respecto de las exportaciones de productos básicos, más allá de la prédica industrialista y mercado-internista del gobierno.
- 4) La no modificación por parte del gobierno de las lógicas de fondo. Por el contrario, el gobierno se ha dedicado a administrar el ciclo de un modo relativamente “progresista” y tibiamente “redistributivo”, sin modificar la estructura económico-social del país. ¿Qué ocurrirá cuando se revierta el ciclo que permite otorgar mínimas mejoras al trabajo sin molestar excesivamente al capital, y el tiempo de la relativa prosperidad llegue a su fin? ¿Qué condiciones presentará la Argentina postsojera?

Pero esta realidad quedó opacada por un conjunto de formas ideológicas absolutamente inadecuadas para

la adquisición (por parte de las clases subalternas) de una conciencia del conflicto raigal; formas que jamás podrían ser aptas para resolverlo, dado que se basan en transfiguraciones del pasado que están al servicio de conflictos superfluos o de segundo orden. Pero estas formas ideológicas, que no hacían otra cosa que reforzar la certidumbre respecto de la intangibilidad del sistema, más allá de una condición tan limitada, lograron atravesar una parte importante de la sociedad (incluyendo a un sector importante de las clases subalternas y la militancia popular) otorgándole una “unidad general”.

Esta realidad fue negada por un modo de decir y actuar anquilosado, que se reflejó en producciones, acciones y discursos (castrados y ornamentales) que derivaron en el ensañamiento con espantajos. Es esta una modalidad que tiende a reemplazar la actividad crítico-práctica por los rituales y por la iconografía (en este caso, la del peronismo en sus versiones “setentistas”). De este modo, una porción importante del campo popular terminó siendo cooptada por actores hegemónicos y compelida a posicionarse en las pujas interburguesas por la distribución del excedente. Se consumó de esta manera una intervención de esa porción del campo popular en un conflicto interno de la clase dominante, en favor de una de las fracciones en pugna, y relegando las intervenciones que afectaban los objetivos comunes del poder. El conflicto entre el capital y el Estado por un lado y clases subalternas por el otro, se desplazó a un segundo plano y se favoreció el compromiso con una parte del Estado en el marco de un conflicto secundario entre esa parte del Estado y una fracción del capital. Se trata de una evidente subordinación a las imposiciones ideológicas de las clases dominantes, una muestra cabal de la heteronomía y de la carencia de estrategias autorreferenciadas por parte de las clases subalternas y oprimidas.

Las orientaciones neorrevisionistas, con sus clásicos sujetos predefinidos y con su idea fetiche de que un Estado (fuerte), controlado por una alianza diversa puede imponerse a la fracción más poderosa de la clase dominante, contribuyó a que el gobierno se arrogue la “posición nacional y popular” frente a la “oligarquía liberal”.

Para la militancia popular será fundamental atender a la dinámica estructural del capital y de los grupos e instituciones más reaccionarios de la Argentina, sin sobredimensionar la coyuntura gubernamental. Será fundamental no dejarse arrastrar por la falsa dicotomía entre un bloque liberal agrario-financiero pro-imperialista y un supuesto bloque nacional-popular “industrial”, “productivo”, etcétera, que supuestamente promueve la integración de Nuestra América.

Si pretendemos disputar un espacio de interpretación de la realidad, resulta indispensable tener en cuenta la realidad que queremos “representar”; esto es: debemos ser profundos en el análisis de los hechos, los reales y los posibles, y contar con principios capaces de sistematizar lo empírico y de otorgar significados teóricos. Nuestros análisis políticos y sociales deben considerar como organizador principal al “análisis de clases” (libre de cualquier tentación reduccionista), que en sentido estricto es “análisis de la lucha de clases”, y no guiarse por los efectos de superestructura o por la “espuma de la política”, que genera falsas diferencias o inventa la importancia de un acontecimiento de segundo orden.

El neorrevisionismo, ganado además por el espectáculo y por lo oficial, ha devenido un instrumento de despolitización, un componente de una ideología no realista ni crítica, y por lo tanto ineficaz para una lucha contrahegemónica. El neorrevisionismo resulta incapaz de fomentar en las clases subalternas y oprimidas un espíritu de escisión que haga posible la ruptura con la ideología de

los sectores dominantes, y que permita el desarrollo de una identidad plebeya (requisitos indispensables para que las clases subalternas devengan autónomas). El neorrevisiónismo no aporta a los procesos de catarsis, concebidos por Gramsci como el pasaje de una situación de subordinación a una actividad transformadora por parte de las clases subalternas; esto es: como el salto del momento económico-corporativo al ético-político.

El neorrevisiónismo nos satura con simbolizaciones de la patria destinadas a ser consumidas sin contradicciones, sin angustias, sin drama y sin compromisos vitales. Desde la televisión, desde el “público”. Por eso, a pesar de que se remitan a situaciones relevantes y a figuras significativas y valiosas, no dejan de ser frívolas y espectrales.

Este neorrevisiónismo oficial, que articula “militancia” y funcionariado, se combina perfectamente con un modelo económico-social “hacia afuera” y “hacia arriba”, con la gestión “progresista” de la pobreza, con la acción estatal tendiente a achicar cualquier espacio de autonomía de las organizaciones populares, con la burocratización de los movimientos populares auspiciada por el Estado. A partir de una narración y un arsenal simbólico decrepitos, el neorrevisiónismo oficial busca dotar de cierta legitimidad a un Estado deteriorado por años de neoliberalismo crudo y duro.

De este modo, el neorrevisiónismo remite también a los ejercicios de nostalgia y a la retórica de los ex militantes revolucionarios de la década del 70, devenidos administradores de lo dado. Por otro lado, lo invocan aquellos jóvenes, por lo general de las capas medias, que revisten su apetito de funcionarios con mística anacrónica y artificios plebeyos.

En algunos casos resulta evidente que a estos “militantes” les cuesta renunciar a ese imaginario, porque su marco de inserción sociopolítica carece de toda capaci-

dad para producir uno nuevo. Entonces, al pretender compatibilizarlo con su praxis, lo que logran finalmente es desactivar todo componente disruptivo. Se auto-engañan creyendo que la “conciencia estatal” que han desarrollado, a través de sucesivas adaptaciones y oportunismos, es “conciencia nacional”, pilar de una “política nacional”. De hecho, se trata de una conciencia respecto de una política de retoques a un Estado venido a menos, un Estado que ha perdido su capacidad de producir lazo social sólido, un Estado severamente deteriorado por el mercado que se impone hoy como el lazo social dominante, es decir, como el foco hegemónico a la hora de irradiar sentido.

Como resulta evidente que no están a la altura de una conciencia nacional (de hecho, no están ni siquiera en sus estadios iniciales), como su conciencia estatal no es más que conciencia del espacio de poder a ocupar en función de los acuerdos corporativos, solo les queda, como posibilidad épica aparente y como remedo de política popular, reconocerse en el pasado de las identidades homogéneas y sólidas; de paso, reivindicando subjetividades políticas anticuadas, se edifican una apariencia de coherencia. Pero no se puede edificar una épica en el terreno de la decadencia.

III

Vale tener presente que, más allá de sus limitaciones, algunas versiones del revisionismo “popular” o de “izquierda”, en las décadas del 60 y el 70, supieron elaborar un relato histórico articulado con la política; es decir: un relato articulable con las praxis de las clases subalternas. Esas versiones funcionaron como un componente politizador (en sentido radical) de un conjunto de espacios de producción y reproducción sociales. Salvando el anacronismo, dado que se trata de un concepto recurrente en el

lenguaje político radical actual, podríamos decir que aportaban a un proceso de “empoderamiento” de las clases subalternas, al tiempo que funcionaban como universo de representaciones de un conjunto de intelectuales que proponían un horizonte estratégico para el conjunto de la sociedad.

Este revisionismo supo de los desplazamientos desde lo específicamente historiográfico y literario hacia la lucha política (una lucha que además cuestionaba los lugares institucionalizados de la política); supo poner en cuestión todo el ámbito objetual en el que se afirmaba. Su impulso le venía desde abajo. La clase obrera, el conjunto de las clases subalternas y oprimidas, con sus luchas, fueron construyendo una relación crítica con su propia historia y por eso fue una lectura “viva” del pasado que proveía de sentido al presente. Fue un componente esencial de la “conciencia vil” de las clases subalternas. Algunas de sus representaciones tuvieron aptitudes que afectaron a los mecanismos de reproducción del poder. Su lenguaje era el del desgarramiento y la sublevación. Casi toda una generación militante le puso el cuerpo a la tarea de demostrar la terrenalidad de ese pensamiento (su “realismo” y su “eficacia”) en la práctica.

Hoy, al neorrevisionismo, las incitaciones le vienen desde arriba, y esta es una lectura narcotizante, porque aporta confusión y perplejidad. Incluso se puede sostener que se trata de una lectura directamente atrofiada y moribunda, porque está emparentada con una conciencia nacional declinante, que no es otra cosa que la burda extrapolación de una conciencia nacional cristalizada en los 60-70; una remembranza, con tintes nostálgicos, de viejas correlaciones de fuerzas. Es decir: el neorrevisionismo concibe la conciencia nacional en términos estáticos y se aferra a un tipo de coagulación histórica de esa

conciencia. Pero una conciencia nacional, para no deformarse o declinar (por inoperante), tiene que recrearse constantemente, debe marchar a la par del proceso histórico. La dialéctica de la historia jamás se detiene. La memoria de las antiguas luchas sirve si colabora con la apertura de un nuevo ciclo de formación de la conciencia nacional, popular y revolucionaria; si ilumina la praxis de los que se proponen rediseñar la nación, el Estado y la sociedad.

El neorrevisiónismo se ha convertido en “conciencia adecuada” al Estado y a la riqueza y al poder (de algunos sectores), ha hecho unas menguadas paces con ellos. Su lenguaje es el de la adulación. Funciona como universo de representaciones de aquellos intelectuales que no traspasan el horizonte de una gestión progresista del ciclo económico. Por eso se ha convertido en una historiografía elitista.

El neorrevisiónismo resulta ideológicamente insuficiente, a sus razonamientos les faltan nexos fundamentales. La sociedad que alimentaba las aristas progresistas y resplandecientes del mito revisionista hace rato que se ha extinguido. La totalidad dialéctica de práctica-teoría y práctica-lenguaje, que permitió la difusión masiva de esta lectura del pasado en los años 60 y 70, ha cambiado hace tiempo. La realidad no se le arrima al concepto, ni siquiera un poco. Como ahora le resulta imposible demostrar su terrenalidad (y su “realismo” y su “eficacia”) en la práctica, favorece la enajenación y el desdoblamiento y una concepción de las relaciones de poder como esencialidades eternas. Se cumple la sentencia lapidaria de Theodor Adorno, quien planteaba que la única forma de escapar a la historia es hacia el pasado (cf. Adorno, 2002).

Cabe, para el neorrevisiónismo, lo que Engels planteaba respecto del socialismo utópico: una aparición en

escena extemporánea convierte en absurdo vulgar y esencialmente reaccionario a lo que supo ser progresivo en otro contexto (Engels, 1972).

Por todo esto, por sus estructuras narrativas homólogas al mundo de hace 40 años y por sus clásicas ambigüedades, porque no aporta a producir ni identidades ni épicas plebeyas; en fin, porque ya no se lo puede asociar a un movimiento crítico-práctico significativo, es decir: a un conjunto de actividades que cambian a los individuos y a las relaciones sociales, el neorrevisionismo permite las disociaciones que señalábamos y puede ser asumido y “consumido” como narración sobre el pasado por sectores políticos e intelectuales moderados y conservadores, por la burocracia sindical, por el sindicalismo empresario, por punteros y especies similares. Dado que en la actualidad, como relato y como simbología, no alimenta ni se nutre de identidades y praxis contrahegemónicas, no conmueve a la cúpula empresarial, a la patria subsidiada (aunque, como hemos señalado, a algunos les moleste). Sus relatos y simbolizaciones, de cara a un proyecto de cambio radical, son hoy un *flatus vocis*.

Un proyecto político transformador, anticapitalista, revolucionario, requiere de una nueva memoria histórica y de una relectura del pasado, requiere de un mito inasimilable a la ideología de las clases dominantes.

Creencias leves, nueva militancia “evolucionaria”... versus otro proyecto: una patria libre, soberana y autónoma

El proyecto es lo que honra o deshonra los procedimientos: donde no hay proyecto no hay mérito.

Simón Rodríguez

Aquel que no está ocupado naciendo, está ocupado muriendo.

Bob Dylan

I

En la actualidad, existe una idea pluralista de lo nacional que busca incluir subordinadamente a las clases subalternas y oprimidas a un orden capitalista tibiamente reformado. Dicha idea expresa un proyecto de poder que busca ampliar la base social de la consolidación hegemónica del período 1976-2001, recurriendo a imaginarios subalternos del período del “empate hegemónico” (1945-1973) y al reconocimiento de reivindicaciones muy sentidas por el pueblo argentino, sobre todo en materia de derechos humanos.

En efecto, ese afán inclusivo expresa el intento, por parte de algunas fracciones del capital más concentrado y de algunos sectores de la burocracia estatal (elites políticas), de ampliar las bases de su hegemonía o, si se prefiere, de ir más allá de la gobernabilidad y devenir hegemónicas. Asimismo, da cuenta de los requerimientos exigidos a la recomposición de la dominación por la crisis de 2001. Finalmente se corresponde con formas más originales de dominación, con los métodos más sutiles para conjurar la insubordinación de los de abajo.

Se viene analizando la experiencia kirchnerista desde los planteos de la derecha más recalcitrante y más necia, desde sus temores atávicos y sus claves paranoicas, sin considerar los elementos más “viables” y eficaces para la clase dominante de cara a la socialización ideológica y política de las clases subalternas y oprimidas. Mucho menos habitual es la mirada desde un *nosotros* que exprese una nueva intersubjetividad, un proyecto propio, una estrategia original de construcción de poder popular y una transparente vocación anticapitalista.

Un escenario de marcada polarización con la derecha, con los defensores de la continuidad del modelo neoliberal en su versión cruda y dura, con los representantes de las identidades políticas abiertamente neocoloniales basadas en la libre empresa y la antipolítica (que cautiva a una franja de las clases medias), dificulta la comprensión de la verdadera naturaleza de los gobiernos levemente reformistas y encubre sus componentes más retardatarios y antipopulares. Esto permite que notorios personeros del proyecto de dominación se exhiban y se perciban como figuras progresistas.

El hecho de que, desde múltiples espacios de poder, se vengán articulando grados de racionalidad por debajo de los estatales (reflejados en las opiniones de la derecha, en la de los monopolios mediáticos, etcétera), y que

en algunos espacios políticos opositores “progresistas” no se perciban diferencias sustanciales, no convierte al gobierno en nuestro aliado, aunque, aclaramos, tampoco es (hoy) nuestro principal enemigo. Esta ilusión puede concebirse como consecuencia de una desconfianza profunda en las potencialidades del campo popular. O como un efecto del desarraigo social de una organización política, de su carácter superestructural e inocuo. Estragos de la soledad, del vacío social y de la afasia, que la pueden llevar tanto al ultraradicalismo como a un degradado populismo que reformula alianzas con una ilusoria burguesía nacional.

Los compañeros y las compañeras que se conforman con poco, los que no aciertan a compaginar el logro de los objetivos inmediatos con las metas más ambiciosas, podrán decir que es mejor esta idea oficial de la nación que la idea excluyente, la de 1910, la que intentan resucitar infructuosamente la derecha y el liberalismo argentinos que, con Mauricio Macri a la cabeza, han tocado el fondo de la indignancia ideológica, cultural y moral. En la misma línea podrán decir que es mejor un capitalismo reformista que uno salvaje; que es mejor la versión de la reestructuración capitalista —que mantiene el ancho de la brecha de la sociedad dual— que la versión que pretende ensancharla; que es mejor soja y derechos humanos que soja y represión. Esto es cierto, por lo menos superficialmente y desde una concepción política conservadora, liberal, etapista o ingenua. También es cierto —rigurosamente cierto— que cuanto más modestas son las aspiraciones, menos cosas se consiguen.

Pero lo más discutible es la escasa o nula preocupación por trascender lo dado, como también la tendencia a acomodarse en el intersticio de los acontecimientos que no se quiere generar; la negativa a salirse de la entropía burguesa, a abandonar el continuo histórico de

la modernización excluyente en el que se insertan (con o sin culpas); el ámbito de lucha estrecho y burgués en que deciden moverse, la perspectiva conservadora y convencional que terminan aceptando junto al papel de reproductores pasivos del orden social. De todos modos: ¿expresa realmente el kirchnerismo un proyecto de capitalismo nacional y reformista? ¿Es viable tal camino en las actuales condiciones del capitalismo periférico? ¿Es viable el neodesarrollismo? ¿Se puede concebir el capitalismo “neodesarrollista” como una “etapa” en dirección a un orden superior?¹ ¿Han servido las operaciones mediáticas y comunicacionales del kirchnerismo para contrarrestar el vaciamiento de las identidades plebeyas?

También ha sido común, en ciertos sectores militantes, un apoyo al gobierno concebido como un atajo. A algunos compañeros y a algunas compañeras les parece más fácil y más eficaz crearle una representación social al kirchnerismo: introducirle un poco de mística y propuesta a un populismo remozado, insertarle un poco de la materia de la epopeya, y no creárselas a una fuerza política popular radicalmente nueva y que esté a la altura del sueño emancipador auténtico. En lugar de fortalecer la propia organización y de ampliar el campo de la demanda y de presión al Estado, prefieren avalar la política del Estado. Intermitencias del posibilismo que viene de atrás y que ahora aflora en nuevos formatos. Otra forma de aferrarse, en el mejor de los casos, a fic-

¹ En relación con este interrogante, Itsván Mészáros ensayaba una respuesta. Para él la “noción de desarrollo [...] aun en la cúspide de la expansión keynesiana no pudo hacer acercar siquiera un centímetro a la alternativa socialista, porque siempre dio por descontadas las obligadas premisas prácticas del capital como el marco orientador de su propia estrategia, firmemente bajo las restricciones interiorizadas del ‘camino más fácil’...”. (Mészáros, 2009: 190).

ciones de corto vuelo como la del “proyecto nacional” y, en el peor de los casos, a las prebendas.

Vale aclarar que la apuesta por una construcción autónoma, una participación voluntaria guiada por las organizaciones populares y un proyecto de cambio radical, no implica negar la existencia de escenarios más favorables y la apertura de espacios democráticos generados, en buena medida, por las necesidades reproductivas del kirchnerismo.

La actitud expectante, o el apoyo crítico o abierto de algunos sectores del campo popular al gobierno, aparece como efecto de la creencia en que todas las opciones posibles al mismo son por derecha, y de que en el margen izquierdo aguardan el abismo, el delirio o la quimera. Por su parte, el progresismo kirchnerista desprecia toda política radical porque la considera falta de realidad. Está satisfecho con el orden existente y no lo oculta.

Vive su época dorada la cofradía de los especialistas en cambiar las cosas “desde adentro”, a la que se suman los recientemente convencidos en la eficacia de las intervenciones intestinas. Nosotros, menos crédulos, hace tiempo intuimos que la oposición interior-exterior es una topología ingenua. No emitimos un juicio moral —lo reservamos para otra ocasión— sobre las tácticas de ascenso social o incluso de supervivencia, pero nos irrita que voraces protofuncionarios nos las presenten bajo horizontes político-estratégicos, que por otra parte nos involucran compulsivamente. Nos parece descontextualizada la invocación de la noción de “necesidad histórica” (preferimos reservarla para ocasiones más definitivas y trascendentes), y nos agobian los panegíricos apresurados y torpes que a veces ocultan alguna infamia.

Nos preocupa, además, la expectativa imprudente de aquellos “progresistas” que creen que su presencia en

el gobierno es garantía de la combinación de las luchas sociales y las prácticas institucionales. A pesar de lo que digan los activistas de superestructura, los huérfanos de masas, creemos que la mejor forma de debilitar a la burguesía sigue siendo a través de la acción de los trabajadores, del pueblo y sus organizaciones, y no con burócratas “vanguardistas” agazapados en el Estado.

Es entonces que también persiste el viejo vicio populista que consiste tanto en buscar sectores de las clases dominantes que sustenten “políticas nacionales”, como en apostar por las elites políticas que le impriman al Estado una orientación “nacional”.

Son lamentables la negligencia y la mojigatería de muchos intelectuales y militantes dizque nacionales y populares, que no logran percibir las nuevas formas de dominación que lucen formatos de izquierda, nacional-populares, progresistas o reformistas; o que no asumen que, si la nueva gobernabilidad en la Argentina en buena medida es fruto de las luchas de los movimientos y organizaciones de los de abajo, no por eso deja de constituirse en una realidad que trabaja para desactivarlos, domesticarlos y succionarles toda la potencia política; que si existen antagonismos en el interior de las clases dominantes, éstos no atentan contra su homogeneidad de fondo y tampoco confieren roles progresistas o virtudes transformadoras a ninguna fracción.²

Lo intolerable, básicamente, es la mediocridad del horizonte: ¿debemos conformarnos con optar entre el modelo de acumulación de la fracción diversificada de la burguesía o la versión de acumulación “clásica”, “ren-tística” (y de seguro represiva) de la fracción terrate-

² Tanto la vieja izquierda como el nacional-populismo, aunque en sentidos diferentes, niegan la complejidad de los conflictos sociales durante la era kirchnerista.

niente? ¿Debemos resignarnos, definitivamente, a carecer de un proyecto propio y de una agenda popular anti-capitalista?

II

Nosotros confiamos en revertir la situación de indigencia ideológica, política e historiográfica de la izquierda argentina. Estamos convencidos de que nuestra actual impotencia no es una fatalidad. Existe una gran cantidad de experiencias que, desde abajo, nos siguen proporcionando briznas de esperanza. No nos bajamos de la confrontación hegemónica, porque confiamos plenamente en las posibilidades de esas manifestaciones de poder popular constituyente.

Nosotros confiamos en que lo nacional-popular encuentre su cauce en una alternativa socialista, única posibilidad de conjurar sus elementos negativos, aquellos que tienden a encubrir la dominación de clase o a adecuarse a la misma; única posibilidad de potenciar sus elementos subversivos, aquellos que desbaratan las bases mismas de esa dominación, que remiten a históricas luchas nacionales y populares y que constituyen nuestras raíces históricas. De esta forma el socialismo se irá delineando con los trazos de lo democrático, lo auténtico, lo nuestro. Así, el socialismo será el nombre de la trama compuesta por todos los filamentos de la argentinidad revolucionaria. De tal modo, el socialismo podrá ser.

Nosotros queremos trabajar para que las clases subalternas recuperen la confianza en sí mismas, en sus posibilidades de autoemancipación a partir del desarrollo de sus capacidades de articulación descentrada de diferentes fragmentos y de su idoneidad para poner en práctica un “buen gobierno desde abajo”. El socialismo, como quehacer nacional e internacional, será heterogéneo o no será.

La acción hegemónica solo ha de ser posible si se conforma una trama que contenga al conjunto de las organizaciones de las clases subalternas. Ninguna organización por sí sola podrá forzar el pasaje a una acción hegemónica y descorporativizada.

Nosotros queremos constituirnos en el sujeto político de nuestro propio desarrollo, en el marco de una disputa (con las clases dominantes) por la organización y la dirección de la sociedad; es decir: trabajamos por la construcción de un proyecto hegemónico alternativo y unitario de las clases subalternas. Un proyecto que, entre otras cosas, tendrá que contemplar la creación de una fórmula de progreso material y social propia, original y, sobre todo, deberá: a) desarrollar la capacidad para articular componentes democráticos, populares y clasistas; b) homogeneizar de manera no compulsiva un conjunto extenso de antagonismos; c) fundar la convivencia de las luchas democráticas en un campo totalizador; d) construir “un pueblo” que sintetice a las masas y las clases subalternas. Este proceso es inseparable de la formación de una nueva conciencia nacional y de clase. La lucha hegemónica plantea una dialéctica entre la una y la otra.

Mientras otros conciben a la nación como conjura de los proyectos anticapitalistas y de la rebelión de los de abajo, nosotros reafirmamos el camino del cambio social para recrear la nación, el camino del poder popular para ejercer la soberanía nacional, un socialismo de liberación nacional. Por lo pronto debemos trabajar en pos de ir consolidando los que serán sus pedestales: las organizaciones populares y los movimientos sociales autónomos, incluyendo un nuevo sindicalismo combativo que asuma una lucha contra la dominación en todos sus campos y manifestaciones. Además de estos apoyos, debemos ser inflexibles respecto de la calidad de sus elementos ligantes (la inexcusable argamasa): la

democracia de base, la solidaridad, la comunidad, y el mito de una patria a construir, en fin, sus fuerzas productivas asociativas y simbólicas. De esa manera estaremos en condiciones de delinear una nueva textualidad para la construcción de una narrativa social de la nación, un nuevo credo para reedificar la sociedad, es decir: para construir una nación con determinaciones sociales fuertes, un camino apto para internacionalizar las luchas.

Posiblemente algunas situaciones jueguen a nuestro favor; por ejemplo: las limitaciones de la hegemonía que pueden generar el capitalismo y las clases dominantes en el plano local. Esa hegemonía tiene pocas aptitudes para fundarse en recursos originarios y autárquicos y consolidarse a largo plazo. Por cierto, consideramos que la condición subalterna en las últimas décadas tiene más que ver con sus ajustes a la hegemonía del capitalismo central, con la capacidad de subordinar que viene desarrollando el capitalismo mundial imponiendo modos de vida idealizados, homogeneizando ideas y percepciones.

A diferencia de la concepción populista de lo nacional-popular, rechazamos todo tipo de acomodamiento reformista y toda forma de integración a la hegemonía capitalista a través de la participación en un bloque burgués (que no puede ser ni nacional ni popular), apostamos a las transformaciones desde abajo y no desde lo alto, a los principios societales y no a los estatales, al autogobierno del pueblo y no a los liderazgos redentores y mesiánicos sustitucionistas, ya sean de un persona o una organización.

Aquí caben algunas precisiones sobre el caudillismo.

El caudillismo ha sido considerado uno de los rasgos definitorios del populismo y ha servido como un indicador crucial para subsumir lo nacional-popular a lo populista. Sin dudas, la tradición nacional-popular concreta

de Nuestra América participa de una matriz dirigista que puede naturalizar la escisión entre dirigentes y dirigidos. Esta matriz se expresa en una apología del caudillismo, sin percibir, más allá de cualquier apariencia, el fondo antipopular de este tipo de ejercicio que no hace otra cosa que idealizar tanto a seres humanos —consumiendo relaciones patriarcales— como a los modos de reproducirse que esas relaciones tenían. La articulación caudillista puede aspirar a una unificación de las clases subalternas, pero para lograrlo recurre a procedimientos unilaterales y desde arriba.

Ahora bien, la convocatoria carismática-caudillesca también aparece como un medio de autodeterminación eficaz y enraizada en la cultura política de las masas en Nuestra América. En efecto, la historia y el presente de Nuestra América muestran las potencialidades emancipatorias de las convocatorias carismáticas (por ejemplo: Cuba con Fidel Castro y Venezuela con Hugo Chávez Frías), al tiempo que reflejan sus debilidades. Por otro lado, debemos tener en cuenta, como bien señalaba Lebowitz, que

los personajes históricos que nos incitan en el camino pueden ser muy diferentes en cada caso. Por aquí una clase obrera, en su mayoría altamente organizada (como la de los libros de recetas de los siglos anteriores); por allá un ejército campesino o un partido de vanguardia o un frente de liberación nacional (electoral o armado) o rebeldes del ejército, o una alianza en contra de la pobreza. Existen infinitas realidades y pueden surgir aún más (Lebowitz, 2010: 30-31).

Más allá de que algunas de las alternativas consideradas por Lebowitz nos parezcan más factibles en función de los contextos, y más deseables en función del saldo magro de muchas experiencias históricas, lo cier-

to es que no debemos caer jamás en la soberbia de creernos poseedores de una fórmula infalible, ni debemos ser tan obtusos como para confiar ciegamente en un camino exclusivo para construir el socialismo.

El problema es que el principio de la autodeterminación de los subalternos y los oprimidos siempre se desdibuja frente a la exaltación de la figura del caudillo o de un partido de vanguardia (concebidas en los términos clásicos y constreñidos del marxismo-leninismo). Del mismo modo, estas figuras por sí mismas niegan el peso de las experiencias de las clases subalternas en los procesos de formación de conciencia, o, en el mejor de los casos, las mediatizan.

En el relato clásico del nacionalismo populista, el caudillo hacía posible la emergencia de la nación. La nación aparecía como una esencia que estaba presente desde la colonia —incluso antes—, pero que había sido condenada a habitar los subsuelos de la patria. La nación no podía asomar a la superficie porque un conjunto de agentes antinacionales y antipopulares se lo impedían. Esta situación era desbaratada cuando la nación-pueblo encontraba su caudillo (el “criollo que viene a mandar”).

Por supuesto, debemos contemplar la posibilidad de que el caudillismo, en Nuestra América, inspire las praxis revolucionarias, favorezca los procesos de unidad popular y contrarreste la acción sectaria y divisionista de los partidos de izquierda; que garantice los niveles de amplitud ideológica necesarios para amalgamar un movimiento emancipatorio. Pero siempre debemos tener presente que los procesos de autodeterminación más sólidos son aquellos que aparecen como prolongación de la autonomía de las clases subalternas y que hacen posible una multiplicación de los liderazgos. Justamente porque los liderazgos comprometidos con el socialismo

son muy importantes para los procesos revolucionarios, porque sirven para unificar y articular a las clases subalternas, porque traducen en un proyecto político las necesidades populares, no queremos cercenarlos hasta reducirlos a una sola persona, por más excepcional que esta sea.

Entonces, teniendo en cuenta que los procesos sociales y políticos no se dan en un vacío cultural o histórico, y sin dejar de reconocer las funciones progresivas que una figura carismática y caudillesca pueda llegar a ejercer, debemos trabajar para contrarrestar sus efectos más nocivos y tener presente que se trata de una tara cultural y política, nunca de un óptimo o un atajo.

III

A modo de cierre, podemos decir que nuestro patriotismo es, sencillamente, praxis tendiente a que las clases subalternas y oprimidas avancen en el proceso de autoidentificación con los mejores valores de la comunidad nacional; valores que tienen que ser el fundamento de un orden igualitario. Así, nuestro patriotismo está en diálogo permanente con lo universal. En términos de Mészáros:

No puede existir ningún intercambio global/ internacional sustentable [...] sin la coalición positiva de la gran variedad de la identificación patriótica del pueblo con las condiciones de vida reales de su comunidad, y viceversa. No puede existir ningún patriotismo merecedor de ese nombre sin la institución exitosa y el fortalecimiento de la patria global/internacional de la humanidad, recíprocamente adaptadora y cooperativamente armonizadora, que por sí sola pueda conferirle las características definitorias positivas al propio patriotismo. En este sentido la complementa-

riedad dialéctica de lo nacional y lo internacional continúa siendo un principio orientador vital de los intercambios humanos en el futuro previsible (Mészáros, 2009: 439).

Nosotros seguimos apostando a la reinención colectiva de la nación, una nación alternativa a la nación burguesa en todas sus versiones, ya sean estas vetustas o “aggiornadas”, ya sea la nación neocolonial o la nación neopopulista y neodesarrollista. Ubicamos nuestra idea de nación en el lugar que le corresponde a toda idea radicalmente transformadora: el intersticio entre lo que puede ser y lo que es. Se trata, en efecto, de una apuesta por una utopía realista y colectiva. Del mismo modo actuamos frente a la tradición, colocando nuestro empeño en la construcción colectiva de un gran relato del proceso popular (proceso de creación y autocreación del sujeto popular); un relato que solo se irá delineando al calor de las luchas para modificar las relaciones de fuerzas en la sociedad actual. Solo podremos contribuir a conservar las mejores tradiciones nacionales y populares si somos capaces de transformarlas fusionándolas con una ideología revolucionaria universal. A la inversa, esta ideología revolucionaria universal solo será efectiva (y un factor hegemónico) si logra arraigar en la cultura nacional y popular.

La construcción de la autonomía material, ideológica y política de las clases subalternas no puede desvincularse de la construcción de su autonomía simbólica, del desarrollo de sus fuerzas productivas simbólicas y asociativas, de la producción de un sentido general del devenir contrapuesto al de las clases dominantes, de la producción de un devenir histórico autónomo.

La nación alternativa se define a partir de unos objetivos tendientes a la integración interna. Esto es: la igual-

dad sustantiva, el poder popular y la democracia integral son los ejes principales de la lucha nacional.

Un proyecto de nación popular democrática afectará los intereses de los grupos más concentrados y poderosos de la Argentina y del mundo, y exigirá, por lo tanto, la profunda politización de las clases subalternas. Para lograr ese fin no alcanza con una politización desde arriba, en cuentagotas, y con una movilización controlada, limitada y subordinada al Estado. Abjuramos de la exclusividad y la centralidad del Estado a la hora de pensar la política emancipatoria.

Nosotros debemos conciliar la voluntad de poder (mérito indiscutible del nacionalismo popular, en particular en sus formatos revolucionarios) con la superación del horizonte estatal; es decir, debemos abocarnos de cuerpo entero a la construcción de la autodeterminación y la disponibilidad estatal a través de la concentración democrática. El estatalismo progresista, el más sincero, no se plantea la liberación-emancipación como un proceso de autodeterminación interna de las clases subalternas, he aquí una de sus limitaciones más importantes.

Nosotros estamos lejos del punto de vista del intelectual megalómano (oficialista u opositor “de izquierda”; caduco plagario, repetidor de arcaísmos o buscador de novedades radicales) que cree que lo prioritario es cambiar los paradigmas y las narrativas para cambiar las subjetividades, escindiendo el pensamiento de los procesos de masas. Ni las ideas, ni las elites intelectuales hacen la historia. Escindidas de toda praxis, las ideas son impotentes. Por otra parte creemos que hay que romper definitivamente con la idea que propone representar intereses y sujetos “previos”.

Nosotros seguimos soñando con y militando por una nación y un mundo construidos por nosotros mismos y no

impuestos por los poderes ajenos (aunque nos tengan en cuenta, nos reconozcan como “interlocutores” válidos, nos den un lugar en el ritual y nos repartan estampitas con las imágenes de algunos de nuestros símbolos más significativos y queridos).

*Lanús Oeste,
mayo/diciembre de 2010*

EPÍLOGO

Un horizonte emancipatorio, una agenda de trabajo e investigación, una apuesta política para el cambio social

Miguel Mazzeo introduce estos textos con dos advertencias que quiero recuperar y destacar a manera de epílogo.

Nos dice que se trata de “insumos para un ensayo”. Más allá de la modestia posiblemente exagerada del autor, la indicación sugiere que su trabajo deja planteada la necesidad de continuados esfuerzos y elaboraciones (nuevas afirmaciones, refutaciones e incertidumbres) que ensanchen y extiendan “la picada” que, en un terreno plagado de confusiones y equívocos, abre este libro.

La otra indicación significativa es que son textos de intervención, insertos en la experiencia, los debates y la elaboración colectiva del Frente Popular Darío Santillán. Cabe explicitar entonces que son insumos para una discusión que nada tiene de “internista”. Por el contrario, la polémica se encara en términos tales que interesan al conjunto de la militancia que se vuelca a las luchas sociales y políticas con una perspectiva emancipatoria. Siendo opiniones “situadas” y que surgen de una praxis militante, no inauguran un monólogo: invitan a una construcción política colectiva, comprometida y polifónica. Las pocas

líneas que siguen no tienen otra pretensión que recoger y destacar la oportunidad del envite.

Los frentes (móviles) del debate

Puede decirse que Mazzeo delimita claramente un campo de confrontaciones teóricas y políticas “a dos bandas”: “con los lugares comunes –los trillados recetarios– replicados incansablemente por la vieja izquierda y con las reediciones del discurso nacional-populista tradicional, auspiciadas directa o indirectamente por el proceso histórico argentino, sobre todo a partir del año 2003”.

Las críticas no se pierden en los vericuetos de las formulaciones o matices, porque se dirigen directamente al centro de las discrepancias con quienes, desde la izquierda,

no reconocen la centralidad de la nación (como idea y realidad) para los sistemas de hegemonía y para las prácticas contra-hegemónicas” y con aquellos otros que expresan “una concepción neo-populista y folclorizadora de lo nacional-popular [...] absolutamente asimilable al horizonte histórico de las clases dominantes y su proyecto de poder.

El contrapunto resulta contundente y efectivo porque se hace desde una posición claramente alternativa:

Nosotros sostenemos que: ni la clase ni la nación tienen entidad por fuera de la relación que las constituye y por fuera del proceso histórico que las determina. La clase es en la nación y la nación emerge de la lucha de clases [...] creemos que entre clase y nación no hay, no puede haber, una relación de externalidad. Y tampoco concebimos esa relación como unilateral.

Las confrontaciones teóricas y políticas de este tipo, sin embargo, no quedan resueltas de una vez y para siempre. Muy por el contrario, son frentes de combate siempre en movimiento, con desplazamientos en que se trastocan los terrenos en disputa, los contendientes y las reglas mismas del combate. Es un combate que se libra dentro y fuera de las fronteras de la patria chica, porque, más que en cualquier otro momento de la historia, la construcción nacional es inseparable de todo lo que está en juego a nivel de Nuestra América. En este sentido, *Poder popular y nación* representa una formidable contribución, entre otras razones, porque rechaza explícitamente la creencia en que lo prioritario sea cambiar paradigmas y narrativas: “Ni las ideas, ni las elites intelectuales hacen la historia. Escindidas de toda praxis, las ideas son impotentes. Por otra parte, creemos que hay que romper definitivamente con la idea que propone representar intereses y sujetos ‘previos’”.

Manifiestamente, el libro no se presenta como si viniera a trazar alguna línea de llegada. Propone en cambio un nuevo punto de partida, una atalaya desde la cual puede asumirse una multiplicidad de investigaciones y tareas, a distinto nivel y en diversas direcciones. A título de simple ilustración quisiera detenerme en una de ellas.

Encuentro que una de las notas más importantes y movilizadoras del libro es la que presenta una sumaria revisión crítica del abordaje de la cuestión nacional por parte del marxismo clásico, desde los “fundadores” hasta las renovaciones introducidas por Lenin o Trotski. Se advierte que, “más allá de los postulados iniciales, estas distinciones no alcanzaron para la superación del objetivismo económico o lo democrático-burgués como punto de partida para pensar la nación”. En este punto, tras recoger el importante aporte de Gramsci (y otros), así

como las lecciones de la Revolución Cubana, se concluye con una certera indicación:

La disputa hegemónica contiene necesariamente una disputa por el significado de la nación y la patria. Si se abandona irresponsablemente este plano, si la fuerza política organizativa, institucional alternativa no se combina con el desarrollo de un poder cultural y simbólico capaz de obtener un liderazgo nacional (la nación como proyecto político remite también a un hecho cultural), directamente se anula todo horizonte hegemónico, toda capacidad contrahegemónica.

Si esto así, queda planteada la necesidad de refutar, completar, superar “el marxismo dado” desde una renovada conceptualización de la cuestión nacional, en general y específicamente en el caso de nuestro país.

Creo, sin ser especialista en el asunto, que en esta batalla historiográfica de largo aliento se deberán tener muy presentes las indicaciones de Walter Benjamin: no se trata de “invertir” la historia oficial, como suelen hacerlo los revisionistas, sino de encarar un repaso crítico de la historia “a contrapelo” para ganarnos el derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza, descubriendo en el combate de los vencidos del ayer constelaciones capaces de orientarnos y estimularnos en las luchas del presente. Ninguna derrota constituye un juicio histórico inapelable. A una historia reducida al relato positivo de “lo que realmente ocurrió”, siguiendo la flecha inexorable del tiempo abstracto y vacío de reloj y calendario, cabe oponer la investigación de los tiempos plenos y discordantes de la lucha de clases, con sus bifurcaciones, los posibles no desarrollados, los valores y símbolos que animaron el combate de aquellos que ayer fueron vencidos, pero pueden hoy ser redimidos en nuestros combates del presente. Es cierto que el enemigo no ha cesado de ven-

cer, pero también es cierto que el combate de los subalternos nunca comienza desde cero.

Y para terminar con esto, aunque no tenga espacio ni tiempo para desarrollarlas, quisiera destacar la importancia y urgencia de “descolonizar lo nacional”; por múltiples razones, que van desde el desmontaje de varios mitos fundacionales de la historia oficial hasta la incorporación, con pleno derecho, de las luchas y reivindicaciones de los pueblos originarios en un genuino proyecto nacional y emancipatorio. El empeño por la descolonización del poder y del saber es una de las claves para la integración socialista de Nuestra América.

Lo urgente y lo estratégico

Quiero terminar destacando que las notas que tenemos entre manos atienden tanto a lo más urgente como a lo estratégico. Se proponen contribuir a la construcción de una fuerza capaz de encarnar un proyecto político alternativo, tanto a la oposición burguesa de derecha como al oficialismo. Pero también alternativo a las simplificaciones consignistas de la vieja izquierda, que se estrellan contra la realidad política del país. Mazzeo señala que el gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, sobre la base de “una política intuitiva, pragmática, relativamente lúcida y con una enorme capacidad de adaptación respecto de los procesos históricos mundiales, regionales y nacionales recientes”, se ha revelado capaz de mantener la iniciativa “para la recomposición del bloque de poder”, “garantizar la reestructuración del capital (y sus condiciones de acumulación)”. Más aún, dicho gobierno: “expresa los afanes de la clase dominante de transitar el camino que va de la mera gobernabilidad al proyecto hegemónico”.

Urge enfrentar semejante proyecto, con la doble convicción de que es posible intentarlo, a condición de no hacerlo en términos meramente coyunturales o tácticos, sino asumiendo las implicancias de una construcción política contrahegemónica:

Un proyecto nacional-popular-democrático (y socialista), que cree una voluntad colectiva y que plantee una nueva hegemonía, la construcción de un nuevo bloque-histórico y que reconozca en las clases subalternas al sujeto de la soberanía y del mando, es decir, un sujeto de poder [...] un proyecto de poder popular basado en una estrategia independiente y autodeterminada y en mecanismos de legitimidad alternativos. Un proyecto imposible de ser cooptado por el poder, encasillado en los límites del capitalismo.

Basta escribirlo para advertir que no se trata de una definición ideológica, ni siquiera “programática” en el sentido habitual que la izquierda viene dándole al término. Lo que se propone es una apuesta política cuyo contenido radical y emancipatorio solo puede desplegarse con encarnadura popular y proyección nacional, poniendo en juego deseos, valores, símbolos y proyectos debatidos y compartidos desde abajo sí, pero rechazando el culto o la adaptación a la marginalidad: voluntades y cuerpos que construyen poder popular en disputa con el poder de “los de arriba”.

Aldo Casas
Febrero de 2011

Bibliografía

- AAVV, *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90*. Kohen & Asociados Internacional: Buenos Aires, 1994.
- AAVV, *Venezuela, ¿la revolución por otros medios?* Textos para la militancia popular. Dialektika: Buenos Aires, 2006.
- Adorno, Theodor, *Dialéctica Negativa*. Editorial Nacional - Biblioteca de Filosofía: Madrid, 2002.
- Aguinis, Marcos, *¿Qué hacer? Bases para el renacimiento argentino*. Booklet: Buenos Aires, 2006.
- Amin, Samir, *La desconexión*. Ediciones del Pensamiento Nacional: Buenos Aires, 1988.
- , *Los desafíos de la mundialización*. Siglo XXI: México, 1997.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*. FCE: México, 1989.
- Aspiazu, Daniel / Schorr, Martín, *Hecho en la Argentina, industria y economía, 1976-2007*. Siglo XXI: Buenos Aires, 2010.
- Balibar, Etienne / Wallerstein, Immanuel, *Raza, nación y clase*. IEPALA: Madrid, 1991.
- Benjamin, Walter, *Sobre el concepto de la historia. Tesis y fragmentos*. Piedras de Papel: Buenos Aires, 2007.
- Bonefeld, Werner / Bonnet, Alberto / Holloway, John / Tischer, Sergio (eds.), *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*. Volumen 2. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla - Herramienta: Buenos Aires, 2007.

- Bonnet, Alberto, "Políticas neoliberales y lucha de clases". En: Bonefeld, Werner *et al.* (eds.).
- , Holloway, John / Tischler, Sergio, *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*. Volumen 1. Universidad Autónoma de Puebla - Herramienta, Buenos Aires, 2005.
- / Piva, Adrián (comps.), *Argentina en pedazos. Luchas y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Peña Lillo-Ediciones Continente: Buenos Aires, 2009.
- Cooke, John William, "Apuntes sobre el Che". En: *La Escena Contemporánea* 3 (octubre de 1999).
- Deleuze, Gilles, *Foucault*. Paidós: Buenos Aires, 1987.
- / Guattari, Félix, *Mil mesetas*, Pre-Textos: Valencia, 1997.
- Díaz Polanco, Héctor, *Elogio de la diversidad, globalización, multiculturalismo y etnofagia*. Siglo XXI: México, 2005.
- Dinerstein, Ana C., "Entre el éxtasis y el desencuentro: el desafío de la insubordinación. El ejemplo del caso argentino". En: Bonnet, Alberto / Holloway, John / Tischler, Sergio (eds.).
- Engels, Friedrich, *El Anti-Dühring. O "la revolución de la ciencia" de Eugenio Dühring. Introducción al estudio del Socialismo*. Claridad: Buenos Aires, 1972.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional: "Sexta declaración de la Selva Lacandona". En: Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la sexta declaración del EZLN*. Tinta limón y UNIA (Universidad Internacional de Andalucía) arteypensamiento: Buenos Aires, 2005.
- Fronzizi, Silvio, *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. 2 vols. Praxis: Buenos Aires, 1960.
- Funes, Patricia, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Prometeo: Buenos Aires, 2006.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*. Sígueme: Salamanca, 2007.
- Galasso, Norberto, *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Ediciones del Pensamiento Nacional: Buenos Aires, 1986.
- García Linera, Álvaro, *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Siglo del Hombre Editores-CLACSO: , Bogotá, 2009.

- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismos*. Alianza: Madrid, 1994.
- Ghioldi, Américo, *Alpargatas y libros en la historia argentina* Editorial La Vanguardia: , Buenos Aires, 1946.
- González Casanova, Pablo: “Los trabajadores y la lucha por la hegemonía en América Latina”. En: Labastida Martín del Campo, Julio (coord.).
- González, Horacio, *Restos pampeanos, ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Colihue: Buenos Aires, 1999.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión: Buenos Aires, 1972.
- Guibernau, Montserrat, *Los nacionalismos*. Ariel: Barcelona, 1998.
- Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1973.
- Holloway, John, “Del grito de rechazo al grito de poder: la centralidad del trabajo”. En: Bonnet, Alberto / Holloway, John / Tischler, Segio, 2005.
- Jauretche, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico* Peña Lillo Editor: Buenos Aires, 1982.
- Labastida Martín del Campo, Julio (coord), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Siglo XXI: México, 1998.
- Laclau, Ernesto / Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE: Buenos Aires, 2004.
- Lebowitz, Michael, *El socialismo no cae del cielo: Un nuevo comienzo*. Monte Ávila: Caracas, 2010.
- Löwy, Michel, *La teoría de la revolución en el joven Marx* Herramienta-El Colectivo: Buenos Aires, 2010.
- Mariátegui, José Carlos, *Ideología y política*. Biblioteca Amauta: Lima, 1979.
- Mármora, Leopoldo, *El concepto socialista de Nación*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 96. Siglo XXI: México, 1986.
- Martínez Heredia, Fernando, *En el horno de los noventa*, Buenos Aires, Ediciones Barbarroja, 1999.
- Marx, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política*. Cuadernos de Pasado y Presente: México, 1984.

- y Engels, Friedrich, *La Sagrada Familia. O crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes*. Claridad: Buenos Aires, 1975.
- y —, *La Ideología Alemana*. Pueblos Unidos: Buenos Aires, 1985.
- y —, *Materiales para la historia de América Latina*. Cuadernos de Pasado y Presente: México, 1987.
- y —, *Manifiesto del Partido Comunista*. Apéndice: Friedrich Engels, *Principios del comunismo*. Introducción, traducción y notas de Miguel Vedda. Herramienta: Buenos Aires, 2008.
- Mészáros, István, *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI*. 2 vols. Fundación Editorial el perro y la rana: Caracas, 2009.
- Negri, Toni / Hardt, Michael, *Imperio*. Desde Abajo: Bogotá, 2001.
- Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza, 1988.
- Ouviña, Hernán: “Colonialidad, subalternidades y emancipaciones en Nuestra América. Apuntes para problematizar el lado oscuro del Bicentenario”. Inédito, 2010.
- Peña, Milciades, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*. Fichas: , Buenos Aires, 1974.
- Portantiero, Juan Carlos: “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”. En: Labastida Martín del Campo, Julio (coord.).
- Poulantzas, Nicos, *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*. Siglo XXI: México, 1986 [1986a].
- , *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI: México, 1986 [1986b].
- Rosanvallon, Pierre, *La autogestión*. Fundamentos: Madrid, 1979.
- Sartre, Jean-Paul, *Crítica de la razón dialéctica*. Vol. II. Losada: Buenos Aires, 1995.
- Trotsky, León, *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*. Coyoacán: Buenos Aires, 1961.
- , *El programa de transición para la revolución socialista*. Ediciones Crux: La Paz, 1986.
- Thwaites Rey, Mabel, “La noción gramsciana de hegemonía en

- el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso”. En: AAVV, *Gramsci mirando al sur*.
- Vargas-Arenas, Iraida, *Resistencia y participación. La saga del pueblo venezolano*. Monte Ávila: Caracas, 2007.
- Villegas, Abelardo, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*. Siglo XXI: México, 1972.
- Wallerstein, Immanuel, *Movimientos antisistémicos*. Akal: Madrid, 1999.
- Zabaleta Mercado, René, *El poder dual en América Latina*. Siglo XXI: México, 1974.
- , *Lo nacional-popular en Bolivia*. Siglo XXI: México, 1986.
- , *La formación de la conciencia nacional*. Amigos del Libro: La Paz, 1990.
- Zermeño, Sergio, “Los referentes históricos y sociológicos de la hegemonía”. En: Labastida Martín del Campo, Julio (coord.).

Sobre el autor

Miguel Mazzeo. Docente en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad de Lanús (UNLa). Participa en espacios de formación de distintas organizaciones populares y en diversas cátedras libres en Buenos Aires y en el interior del país. Fue coordinador nacional de la Cátedra Libre “Universidad y Movimientos Sociales” en la Universidad de La Plata (UNLP), en 2005, y de la cátedra abierta “América Latina” en la Universidad de Mar del Plata (UNMdP), en 2006 y en 2010. Escritor. Autor de varios artículos y libros; entre los últimos se destacan: *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios* (Antropofagia, 2005); *El Sueño de Una cosa. Introducción al poder popular* (El Colectivo / Fundación Editorial el perro y la rana [Venezuela], 2007); *Invitación al descubrimiento, José Carlos Mariátegui y el Socialismo de Nuestra América* (El Colectivo / Minerva [Lima], 2008); *Conjurar a Babel. Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina* (en prensa). Es militante del Frente Popular Darío Santillán (FPDS).